

LA PALABRA INFALIBLE DE DIOS

CHARLES H. SPURGEON (1834-1892)



LA PALABRA INFALIBLE DE DIOS

Contenido

I. La infalibilidad de la Escritura	3
1. Esta es nuestra garantía para la enseñanza de la verdad escritural.	4
2. Este es el derecho que tiene la Palabra de Dios para que se le preste atención.	9
3. Esto da a la Palabra de Dios un carácter muy especial.	11
4. Esto convierte a la Palabra de Dios en una fuente de gran alarma para muchos.	13
5. Esto hace que la Palabra del Señor sea la razón y el descanso de nuestra fe.	15
II. La Biblia probada y comprobada	17
1. La calidad de las palabras de Dios.	19
2. Las pruebas de las palabras de Dios.	24
3. Las exigencias de las palabras del Señor.	28
III. La infalibilidad: Dónde encontrarla y cómo usarla	30
1. Fue el arma escogida por nuestro Campeón	33
2. Qué uso debemos dar a este “Escrito está”	37
3. Él nos mostró cómo manejarla.	41

Sermónes #2013, #2084, #1208 predicados por Charles Haddon Spurgeon, en el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

© Copyright Allan Roman. Traducido por Allan Roman; usado con permiso; www.spurgeon.com.mx. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Publicado originalmente en inglés bajo el título *The Infallible Word of God*. En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: www.chapellibrary.org/spanish.

I. La infalibilidad de la Escritura

“Porque la boca de Jehová lo ha dicho.” (Isaías 1:20)

Lo que Isaías habló, por tanto, fue dicho por Jehová. Audiblemente era la expresión de un hombre; pero, en realidad, era la propia expresión del Señor. Los labios de los que salían las palabras eran los de Isaías, pero también es muy cierto que “La boca del Señor lo ha dicho.” Toda la Escritura, siendo inspirada por el Espíritu, es dicha por la boca de Dios. Sin importar cómo pueda ser tratado este Libro sagrado en nuestros días, no fue tratado ni con desdén ni con negligencia ni con cuestionamientos por el Señor Jesucristo, nuestro Dios y Señor. Es importante ver cómo reverenciaba Él la Palabra escrita. El Espíritu de Dios descansaba personalmente sobre Él sin medida, y Él podía decir directamente de Su propia mente la revelación de Dios, y sin embargo Él continuamente citaba la Ley y los Profetas y los Salmos; y siempre trataba con intensa reverencia las Sagradas Escrituras, en un fuerte contraste con la irreverencia del “pensamiento moderno.”

Estoy seguro, hermanos míos, que no podemos errar al imitar el ejemplo de nuestro divino Señor en nuestra reverencia por esa Escritura que no puede ser quebrantada. Yo digo que si Él, el ungido del Espíritu, capaz de hablar Él mismo como la boca de Dios, siempre citaba las Sagradas Escrituras y utilizaba el santo Libro en Sus enseñanzas, cuánto más debemos regresar nosotros, que no tenemos espíritu de profecía que descansa sobre nosotros y que no somos capaces de hablar nuevas revelaciones, a la Ley y al Testimonio, y valorar cada palabra porque “la boca de Jehová lo ha dicho.”

Una valoración igual de la Palabra de Dios es visible en los apóstoles de nuestro Señor; pues ellos trataban a las antiguas Escrituras como con autoridad suprema, y se apoyaban en todas sus enseñanzas con pasajes de la Santa Escritura. Un sumo grado de deferencia y de homenaje es otorgado al Antiguo Testamento por los escritores del Nuevo Testamento. Nunca encontramos a ningún apóstol cuestionando el grado de inspiración de este libro o de aquél. Ningún discípulo de Jesús cuestiona la autoridad de los libros de Moisés, o los libros de los Profetas. Si tú quieres dudar de su inspiración o sospechar de su autoridad, no encontrarás ninguna simpatía en la enseñanza de Jesús o de cualquiera de sus apóstoles. Los escritores del Nuevo Testamento estudian con reverencia el Antiguo Testamento y reciben las palabras de Dios como tales, sin hacer ninguna pregunta de ningún tipo.

Tú y yo pertenecemos a una escuela que va a continuar haciendo lo mismo, y que los demás adopten el comportamiento que prefieran. Para nosotros y para nuestra casa, este Libro invaluable permanecerá siendo la norma de nuestra fe y el sostén de nuestra esperanza en tanto que vivamos. Otros pueden elegir los dioses que quieran y seguir a las autoridades que prefieran; pero en lo que a nosotros respecta, el glorioso Jehová es nuestro Dios, y en lo relacionado a cada doctrina de toda la Biblia, nosotros creemos que “la boca de Jehová lo ha dicho.”

1. Esta es nuestra garantía para la enseñanza de la verdad escritural.

Entonces, analizando detenidamente nuestro texto, “Porque la boca de Jehová lo ha dicho,” nuestro primer encabezado es: esta es nuestra garantía para la enseñanza de la verdad escritural. Nosotros predicamos “porque la boca de Jehová lo ha dicho.” No nos serviría de nada repetir lo que Isaías habló, si en ello no hubiera nada más que el pensamiento de Isaías; ni tampoco nos importaría meditar hora tras hora sobre los escritos de Pablo, si no hubiera nada más que Pablo en ellos. Nosotros no sentimos un llamado imperativo de predicar y aplicar aquello que ha sido dicho por hombres; pero, puesto que “la boca de Jehová lo ha dicho,” ¡ay de nosotros si no predicamos el Evangelio! Venimos a ustedes con un, “así ha dicho Jehová,” y nosotros no tendríamos ningún motivo justificable para predicar durante todas nuestras vidas si nouviéramos este mensaje.

El verdadero predicador, el hombre que Dios ha comisionado, predica su mensaje con temor y temblor, porque “la boca de Jehová lo ha dicho.” Él lleva la carga del Señor y se inclina bajo su peso. El nuestro no es un tema sin importancia, sino uno que mueve toda nuestra alma. A George Fox lo llamaban un Cuáquero (temblador), porque cuando hablaba temblaba en grado sumo por la fuerza de la verdad que él percibía con tanta profundidad. Tal vez si tú y yo tuviéramos una visión más clara y un mayor entendimiento de la Palabra de Dios, y sintiéramos más su majestad, temblaríamos también.

Martín Lutero, que nunca temió al rostro de ningún hombre, declaró que cuando se ponía a predicar, a menudo sentía que le temblaban las rodillas por un sentido de gran responsabilidad. ¡Ay de nosotros si nos atreviéramos a hablar la Palabra del Señor con algo menos que todo nuestro corazón, y toda nuestra alma, y toda nuestra fuerza! ¡Ay de nosotros si manejáramos la Palabra como si fuera una oportunidad para lucirnos! Si fuera nuestra propia palabra, podríamos proponernos estudiar los adornos de la oratoria; pero si es la Palabra de Dios, no podemos permitirnos pensar en nosotros mismos: estamos obligados a predicarla “no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo” (1 Co. 1:17).

Si reverenciamos la Palabra, no se nos ocurrirá que podamos mejorarla mediante nuestra propia habilidad en el manejo del lenguaje. Oh, sería mejor partir piedras en el camino que ser un predicador, a menos que uno tenga el Santo Espíritu de Dios para que lo sostenga; pues nuestro oficio es solemne y nuestra carga es pesada. El

corazón y el alma del hombre que habla por Dios no conocen el descanso, pues oye en sus oídos esa amonestación de advertencia: “Pero si el atalaya viere venir la espada y no tocara la trompeta, y el pueblo no se aperciere, y viniendo la espada, hiriere de él a alguno, éste fue tomado por causa de su pecado, pero demandaré su sangre de mano del atalaya” (Ez. 33:6).

Si se nos encargara repetir el lenguaje de un rey, estaríamos obligados a hacerlo decorosamente para no causar ningún daño al rey; pero si predicamos la revelación de Dios, un profundo temor debería apoderarse de nosotros, junto con el temor piadoso de no desvirtuar el mensaje de Dios en la predicación.

Ningún trabajo es tan importante u honorable como la proclamación del Evangelio de nuestro Señor Jesús, y precisamente por esa razón, está cargado con una responsabilidad tan solemne que nadie puede aventurarse en él con ligereza, ni proseguir en él sin un sobrecogedor sentido de la necesidad de una grande gracia para desempeñar el oficio correctamente. Quienes predicamos el Evangelio del que podemos decir con certeza “la boca de Jehová lo ha dicho,” vivimos bajo una intensa presión. Preferimos vivir en la eternidad que en el tiempo: les hablamos a ustedes como si viéramos el grandioso trono blanco y al Juez divino ante Quien deberemos rendir nuestras cuentas, no sólo por lo que decimos, sino también por la forma en que lo decimos.

Amados hermanos, debido a que la boca del Señor ha dicho la verdad de Dios, nosotros nos esforzamos por predicarla con absoluta fidelidad. Repetimos la Palabra como un niño repite su lección. No nos corresponde a nosotros corregir la revelación divina, sino simplemente repetirla. Yo no creo que sea mi oficio traerles mis propios pensamientos nuevos y originales; sino más bien decir: “Y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió” (Jn. 14:24). Creyendo que “la boca de Jehová lo ha dicho,” es mi deber repetirla para ustedes tan correctamente como pueda, habiéndola oído y sentido en mi propia alma. No me corresponde a mí corregir o adaptar el Evangelio. ¡Cómo! ¿Acaso intentaremos mejorar lo que Dios nos ha revelado? ¿Acaso el Infinitamente Sabio puede ser corregido por criaturas de un día? ¿Acaso la revelación infalible del infalible Jehová puede ser formada, moderada, y amortiguada para adaptarla a las modas y a los caprichos de la hora? Que Dios nos perdone si hemos alterado jamás Su Palabra inconscientemente; conscientemente no lo hemos hecho, ni lo haremos.

Sus hijos se sientan a Sus pies y reciben Sus palabras y luego se levantan en el poder del Espíritu para publicar, lejos y cerca, la Palabra que el Señor ha dado. “Y aquel a quien fuere mi palabra, cuente mi palabra verdadera” (Jer. 23:28), es el precepto del Señor para nosotros. Si nosotros podemos estar con el Padre, de acuerdo a nuestra medida, a la manera del Señor Jesús y luego salir de la comunión con Él para predicar lo que Él nos ha enseñado en Su Palabra, entonces seremos aceptados por el Señor como predicadores, y aceptados también por Su pueblo vivo en mucha mayor medida que si nos zambulléramos en las honduras profundas de la ciencia, o nos re-

montáramos en los elevados vuelos de la retórica. ¡Qué es el tamo comparado con el trigo! ¡Qué son los descubrimientos del hombre comparados con las enseñanzas del Señor! “La boca de Jehová lo ha dicho”; por tanto, ¡oh hombre de Dios, no añadas a Sus palabras para que no te traiga las plagas que están escritas en Su Libro, y no quites nada para que Dios no quite tu nombre del Libro de la Vida!

Además, queridos amigos, como “La boca de Jehová lo ha dicho,” nosotros predicamos la verdad divina con valor y plena seguridad. La modestia es una virtud; pero dudar cuando estamos hablando en nombre del Señor, es una culpa muy grande. Si un embajador, enviado por un gran rey para representar a su majestad en una corte extranjera, se olvidara de su cargo y sólo pensara en él mismo, podría volverse tan humilde como para rebajar la dignidad de su príncipe y tan tímido como para traicionar el honor de su país. Él está obligado a recordar no tanto lo que él es, en sí mismo, sino a quién representa; por tanto, tiene que hablar con denuedo y con la dignidad que corresponden a su cargo y a la corte que representa.

Ciertos déspotas orientales tenían la costumbre de requerir de los embajadores de potencias extranjeras que se inclinaran en el polvo ante ellos. Algunos representantes extranjeros, por razones de intereses comerciales, se sometían a esa ceremonia degradante; pero cuando se le pidió al representante de Inglaterra que hiciera lo mismo, él no aceptó degradar de esa manera a su país. Dios no permita que quien habla en Su nombre, deshonne al Rey de reyes mediante una sumisión advenediza. Nosotros no predicamos el Evangelio con el permiso de ustedes; nosotros no pedimos tolerancia, ni el aplauso de la corte. Nosotros predicamos a Cristo crucificado y hablamos con valor tal como debemos hablar, pues se trata de la Palabra de Dios, y no la nuestra. Somos acusados de dogmatismo; pero estamos obligados a dogmatizar cuando repetimos eso que la boca del Señor ha dicho. Nosotros no podemos usar expresiones condicionales, tales como “si” y “pero,” pues estamos tratando con los “será” y “se hará” del Señor. Si Él dice que así es, es así; y se acabó. La controversia cesa cuando Jehová habla.

Quienes hacen a un lado la autoridad de nuestro Señor pueden muy bien rechazar nuestro testimonio: no nos preocupa que lo hagan. Pero si nosotros decimos eso que la boca del Señor ha dicho, quienes oigan Su Palabra y la rechacen, lo hacen bajo su propio riesgo. La afrenta se le hace, no al embajador, sino al propio Rey; no a nuestra boca, sino a la boca de Dios, de Quien procede la verdad.

Se nos insta a que seamos caritativos. Nosotros somos caritativos; pero es usando nuestro propio dinero. No tenemos el derecho de regalar aquello que es puesto bajo nuestra custodia y que no está a nuestra disposición. En lo relacionado a la verdad de Dios somos mayordomos, y debemos tratar con la tesorería del Señor, no según los lineamientos de caridad hacia las opiniones humanas, sino según la regla de fidelidad al Dios de la verdad. Somos intrépidos cuando declaramos con pleno convencimiento aquello que el Señor revela. Aquella memorable palabra del Señor a Jeremías es muy necesaria a los siervos del Señor en estos días: “Tú, pues, ciñe tus lomos, levántate, y

háblales todo cuanto te mande; no temas delante de ellos, para que no te haga yo quebrantar delante de ellos. Porque he aquí que yo te he puesto en este día como ciudad fortificada, como columna de hierro, y como muro de bronce contra toda esta tierra, contra los reyes de Judá, sus príncipes, sus sacerdotes, y el pueblo de la tierra. Y pelearán contra ti, pero no te vencerán; porque yo estoy contigo, dice Jehová, para librarte” (Jer. 1:17-19).

Cuando hablamos en el nombre del Señor en contra del error, nosotros no suavizamos nuestros tonos; más bien salen de nuestras bocas descargas de rayos. Cuando nos topamos con la falsa ciencia, no bajamos nuestra bandera: no damos lugar a la sujeción ni por un instante. Una palabra de Dios es mucho más valiosa que las bibliotecas que albergan la erudición humana. “Está escrito” es el gran cañón que silencia todas las baterías del pensamiento del hombre. Los que hablan en el nombre de Jehová, el Dios de Israel, deben hablar valerosamente.

También voy a agregar, bajo este encabezado, que debido a que “La boca de Jehová lo ha dicho,” nos sentimos obligados a predicar Su Palabra con diligencia, con la frecuencia que podamos, y con perseverancia, en tanto que vivamos. Ciertamente sería algo bendito morir en el púlpito; exhalar el último aliento actuando como la boca del Señor. Los domingos que no pueden predicar, son unas pruebas feroces para los verdaderos predicadores. Recuerden cómo John Newton, cuando ya era bastante incompetente para predicar porque divagaba un poco en razón de sus enfermedades y sus años, persistía en predicar; y cuando lo intentaron disuadir, él respondió acaloradamente: “¡Cómo! ¿Dejará de predicar a Jesucristo el viejo blasfemo africano mientras todavía haya aliento en su cuerpo?” Así que le ayudaron al anciano a subirse al púlpito de nuevo, para que pudiera hablar una vez más acerca de la gracia inmerecida y del amor agonizante.

Si tuviésemos temas comunes acerca de los cuales hablar, podríamos abandonar el púlpito como un fatigado abogado se marcha del foro; pero como “La boca de Jehová lo ha dicho,” sentimos que Su Palabra es como fuego en nuestros huesos, y nos cansamos más cuando nos refrenamos de predicar que cuando testificamos.

Oh, mis hermanos, la Palabra del Señor es tan preciosa que debemos sembrar esta bendita semilla por la mañana, y al atardecer no debemos esconder nuestras manos. Es una semilla viva y es la semilla de vida, y por lo tanto debemos esparcirla con diligencia.

Hermanos, si alcanzamos una correcta comprensión de la verdad del Evangelio, (ése “La boca de Jehová lo ha dicho”) nos moverá a proclamarla con mayor ardor y celo. No repetiríamos monótonamente el Evangelio a un puñado de personas adormecidas. Muchos de ustedes no son predicadores, pero son maestros de jóvenes o de cualquier otra manera tratan de publicar la Palabra del Señor; yo les suplico que lo hagan con gran fervor del Espíritu. El entusiasmo debe ser muy visible en cada siervo del Señor. Hagan saber a quienes los escuchan que ustedes se están entregando por completo; que no están hablando solamente de labios para afuera, sino que desde las

profundidades de su alma su mismo corazón rebosa de buen material cuando ustedes hablan de cosas que han aprendido tocantes al Rey.

Vale la pena predicar el Evangelio eterno, aunque uno estuviera sobre un manojito de leña ardiente y se dirigiera a la multitud desde un púlpito en llamas. Las verdades reveladas en la Escritura son dignas de vivir y morir por ellas. Yo me siento tres veces feliz de ser el blanco de reproches por causa de la vieja fe. Es un honor del que yo mismo me siento indigno; y sin embargo puedo usar con toda verdad las palabras de nuestro himno:

*¿Acaso yo suavizaré Tus verdades y aplacaré mi lengua
Para calmar a la muchedumbre impía?
Para ganar los juguetes dorados de la tierra, o escapar de
La cruz sufrida, mi Dios, por Ti?
El amor de Cristo me constriñe
A buscar a las almas descarriadas de los hombres;
Con clamores, ruegos, lágrimas, salvarlos,
Arrebatarlos de la ola de fuego.
Mi vida, mi sangre aquí ofrezco,
Si pueden ser consumidas por Tu verdad:
¡Cumple Tu soberano consejo, Señor!
Se hará Tu voluntad, Tu nombre será adorado!*

No puedo expresar todo lo que hay en mi corazón acerca de este tema tan querido para mí, pero quisiera instarlos para que prediquen el mensaje del Evangelio a tiempo y fuera de tiempo. Especialmente repitan un mensaje como éste: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16). Y éste otro: “Y al que a mí viene, no le echo fuera” (Jn. 6:37). Predíquenlo con valentía, predíquenlo en cada lugar, predíquenlo a toda criatura, “porque la boca de Jehová lo ha dicho.” ¿Cómo pueden ocultar las nuevas celestiales? “La boca de Jehová lo ha dicho;” ¿Acaso no se gozará tu boca al repetirlo?

Susúrralo al oído del enfermo; grítalo en las esquinas de las calles; escríbelo en tus tablas; publícalo en la prensa: pero que en todas partes éste sea tu motivo y tu garantía: tú predicas el Evangelio porque “La boca de Jehová lo ha dicho.” Que nada que tenga voz guarde silencio ya que el Señor ha dado la Palabra por Su propio Hijo amado.

*“Lleven por los aires, lleven por los aires los vientos Su historia,
Y todas las aguas y todas las olas retumben,
Hasta que como un mar de gloria
Se extienda desde un polo hasta el otro.”*

2. Este es el derecho que tiene la Palabra de Dios para que se le preste atención.

Ahora rememos por unos momentos en otra dirección. En segundo lugar “La boca de Jehová lo ha dicho.” Este es el derecho que tiene la Palabra de Dios para que se le preste atención.

Cada palabra que Dios nos ha dado en este Libro reclama nuestra atención, por causa de la infinita majestad de Aquél que la dijo. Veo ante mí un Parlamento de reyes y de príncipes, de sabios y de senadores. Oigo a uno tras otro de esos dotados Crisóstomos desplegando su elocuencia como el de la “boca de oro.” Ellos hablan y hablan bien. De pronto se produce un solemne silencio. ¡Cuánta calma! ¿Quién va a hablar ahora? Están callados porque Dios el Señor está a punto de elevar Su voz. ¿Acaso no es correcto que estén callados? ¿Acaso no dice Él: “Escuchadme, costas” (Is. 41:1)? ¿Qué voz es como Su voz? “Voz de Jehová con potencia; voz de Jehová con gloria. Voz de Jehová que quebranta los cedros; quebrantó Jehová los cedros del Líbano...Voz de Jehová que hace temblar el desierto; hace temblar Jehová el desierto de Cades” (Sal. 29:4-5,8).

Tengan mucho cuidado de no rechazar a Quien habla. ¡Oh, amado lector, que no se diga de ti que pasaste por esta vida y que Dios te habló en Su Libro y que rehusaste oír! Importa muy poco si me escuchas a mí o no; pero verdaderamente importa en sumo grado si escuchas a Dios o no. Él es quien te hizo; en Sus manos está tu aliento; y si Él habla, te lo imploro, abre tu oído y no seas rebelde.

Cada línea de la Escritura está rodeada de una infinita majestad, pero especialmente aquellas partes de la Escritura en las que el Señor Se revela a Sí mismo y Su glorioso plan de gracia salvadora, en la persona de Su amado Hijo Jesucristo. La cruz de Cristo tiene un gran derecho sobre ti. Escucha lo que Jesús predica desde el madero. Él dice: “Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma” (Is. 55:3).

El derecho de Dios de ser escuchado radica, también, en la condescendencia que lo ha llevado a hablarnos. Ya fue algo muy grande que Dios haya hecho el mundo y nos invite a mirar la obra de Sus manos. La creación es un libro ilustrado para niños. Pero es más maravilloso aun que Dios hable en el lenguaje de hombres mortales, si piensan en ello. Yo me maravillo que Dios haya hablado por los profetas; pero me admira todavía más que haya escrito Su Palabra en blanco y negro, en lenguaje inequívoco que puede ser traducido a todas las lenguas, de tal forma que todos podemos ver y leer por nosotros mismos lo que Dios el Señor nos ha dicho; y lo que, ciertamente, Él continúa diciendo; pues lo que ha dicho todavía nos lo dice a nosotros, de manera tan fresca como si lo hubiera dicho por primera vez.

Oh, glorioso Jehová; ¿Tú te dignas hablarle al hombre mortal? ¿Puede haber alguien que no ponga toda su atención para escucharte? ¡Si tú estás tan lleno de misericordia y ternura, que te inclinas desde el cielo para conversar con tus criaturas pecadoras, nadie sino esos que son más bestias que el buey y el burro prestarán oídos sordos a Tu Palabra!

Entonces la Palabra de Dios ejerce un derecho sobre la atención de ustedes por causa de su majestad y su condescendencia; pero yendo más lejos, debería ganar sus oídos debido a su importancia intrínseca. “Porque la boca de Jehová lo ha dicho,” no es algo sin importancia. Dios nunca habla vanidad. Ninguna línea de Sus escritos trata sobre los temas frívolos de un día. Aquello que puede olvidarse en una hora es para el hombre mortal y no para el Dios eterno. Cuando el Señor habla, Su discurso es semejante a Dios, y sus temas son dignos de Uno cuya habitación es la infinitud y la eternidad.

Hombre, Dios no juega contigo: y tú, ¿lo considerarás a Él algo sin importancia? ¿Lo tratarás a Él exactamente como si fuese alguien parecido a ti? Cuando Dios te habla a ti, lo hace en serio. ¿Acaso tú no lo oírás con seriedad? Él te habla de grandes cosas que tienen relación con tu alma y su destino. “Porque no os es cosa vana; es vuestra vida” (Dt. 32:47). Tu existencia eterna, tu felicidad o tu miseria, penden de tu tratamiento de lo que la boca del Señor ha dicho. Él te habla en lo concerniente a realidades eternas. Te suplico que no seas tan ignorante como para no prestar oídos. No actúes como si tanto el Señor como Su verdad no fueran nada para ti. No trates la Palabra del Señor como algo secundario, que puede esperar tu tiempo libre y recibir atención cuando no tengas otra cosa que hacer: haz todo lo demás a un lado, y presta atención a tu Dios.

Puedes estar seguro que si “La boca de Jehová lo ha dicho,” entonces hay una necesidad urgente y apremiante. Dios no rompe el silencio para decir algo que pudo haber permanecido sin decirse. Su voz indica gran urgencia. Hoy, si escuchas Su voz, escúchala; pues Él demanda atención inmediata. Dios no habla sin una razón abundante; y, ¡oh, querido lector, si Él te habla a ti por medio de Su Palabra, yo te imploro que creas que debe haber un motivo preponderante para ello! Yo sé lo que te dice Satanás: él te dice que te puede ir muy bien sin necesidad de escuchar la Palabra de Dios. Yo sé lo que tu corazón carnal te susurra: te dice: “escucha la voz de los negocios y del placer; pero no escuches a Dios.”

Pero ¡oh!, si el Espíritu Santo le enseñara a tu razón para que fuese razonable, y sintonizaras tu mente en la mente de la sabiduría verdadera, entonces tú reconocerías que lo primero que tienes que hacer es prestar atención a tu Hacedor. Tú puedes oír las voces de otros en otro momento; pero tu oído debe oír primero a Dios, puesto que Él es primero, y todo lo que Él habla debe ser de primera importancia. Apresúrate a guardar Sus mandamientos sin demora. Responde a Su llamado sin reservas, y di: “Habla, [Jehová,] porque tu siervo oye” (1 Sam. 3:10).

Cuando yo subo a este púlpito para predicar el Evangelio, nunca siento que puedo invitarlos con toda la calma a prestar atención a un tema que es uno entre muchos, y que puede ser abandonado por algún tiempo, con toda propiedad, si sus mentes ya estuvieran ocupadas en otra cosa. No; ustedes podrían morir antes que yo tuviera la oportunidad de hablar con ustedes de nuevo, y por lo tanto yo solicito una atención inmediata. No temo estarlos distraendo de otros asuntos muy importantes cuando

los invito a que presten atención a eso que la boca del Señor ha dicho; pues ningún otro asunto tiene una importancia intrínseca comparable con esto: éste es el tema supremo. Se trata de tu alma, de tu propia alma, de tu alma eterna, y es tu Dios Quien te está hablando. Te suplico que lo escuches. Yo no te estoy pidiendo un favor cuando te pido que oigas la Palabra del Señor: es una deuda que tienes con tu Hacedor y que estás obligado a pagar. Sí, y además, se trata de amabilidad hacia ti mismo. Inclusive desde una perspectiva egoísta, yo los insto a que oigan lo que la boca de Jehová ha dicho, pues en su Palabra hay salvación. Presten atención con diligencia a lo que su Hacedor, su Salvador, su mejor amigo, tiene que decirles. “No endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación” (He. 3:8), sino que “Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma” (Is. 55:3). “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Rm. 10:17).

Así, he manejado mi texto de dos formas: es una garantía y un motivo para el predicador; es un requerimiento hecho a la atención del oyente.

3. Esto da a la Palabra de Dios un carácter muy especial.

Y ahora, en tercer lugar, esto da a la Palabra de Dios un carácter muy especial. Cuando abrimos este Libro sagrado, y decimos acerca de lo que está registrado aquí: “La boca de Jehová lo ha dicho,” entonces esto da a la enseñanza un carácter especial.

En la Palabra de Dios la enseñanza tiene una dignidad única. Este Libro es inspirado de una manera que ningún otro libro es inspirado, y ya es tiempo que todos los cristianos manifiesten esta convicción. Yo no sé si ustedes han leído la vida de nuestro fallecido amigo, George Moore, escrita por el señor Smiles; pero en esa biografía leemos que, en una cierta cena, un hombre muy culto señaló que no sería fácil encontrar una persona de inteligencia que creyera en la inspiración de la Biblia. En un instante se escuchó la voz de George Moore a través de la mesa, diciendo con valentía: “yo soy uno que sí cree.” No hubo un solo comentario más. Mi querido amigo hablaba de una manera muy fuerte, según lo recuerdo; pues en algunas ocasiones competimos él y yo para ver quién hablaba más fuerte, cuando estábamos reunidos en su casa de Cumberland. Me parece oír su forma enfática de decir: “yo soy uno que sí cree.” No seamos tardos en adoptar el lado pasado de moda e impopular, y digamos de inmediato: “yo soy uno que sí cree.”

¿Qué sería de nosotros si nuestras Biblias desaparecieran? ¿Qué pasaría con nosotros si nos enseñaran a desconfiar de ella? Si nos dejan en la duda en relación a qué parte es inspirada y cuál no, estaríamos tan mal como si no tuviéramos Biblias del todo. Yo no sostengo ninguna teoría acerca de la inspiración; yo acepto la inspiración de las Escrituras como un hecho. Quienes tienen una visión así de las Escrituras no tienen que tener vergüenza de ese punto de vista; pues algunos de los mejores hombres y de los más educados han compartido esa visión. Locke, el gran filósofo, pasó los últimos catorce años de su vida estudiando la Biblia, y cuando se le preguntó cuál era la manera más rápida para que un joven caballero entendiera la religión cristiana,

él respondió con una invitación a leer la Biblia, señalando: “Allí están contenidas las palabras de vida eterna. Tiene a Dios por autor, su fin es la salvación, y su tema es la verdad, sin ninguna mezcla de error.”

Hay muchas personas que están a favor de la Palabra de Dios, de quienes no tendrías que avergonzarte en materia de inteligencia y preparación; y si no fuera así, no deberías descorazonarte al recordar que el Señor ha escondido estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las ha revelado a los niños. Nosotros creemos con el apóstol que “lo insensato de Dios es más sabio que los hombres” (1 Co. 1:25). Es mejor creer lo que sale de la boca de Dios, que creer lo que sale de la boca de los filósofos, y ser, por tanto, considerado un hombre sabio.

Lo que la boca del Señor ha dicho está rodeado también de una certeza absoluta. Lo que el hombre ha dicho es insustancial, aun cuando sea verdad. Es como agarrar neblina, no queda nada. Pero con la Palabra de Dios tienes algo a qué asirte, algo que tener, y a lo que aferrarte. Esta es sustancia y realidad; pero de las opiniones humanas podemos decir: “Vanidad de vanidades...todo es vanidad” (Ec. 1:2, 12:8). Aunque pasen el cielo y la tierra, sin embargo ni una jota ni una tilde de lo que Dios ha dicho fallará. Sabemos eso y estamos tranquilos. Dios no puede equivocarse. Dios no puede mentir. Estas son verdades que nadie puede disputar. Si “la boca de Jehová lo ha dicho,” este es el juez que pone fin a la contienda allí donde el entendimiento y la razón fracasan; y por esta causa nosotros no hacemos ningún cuestionamiento.

Además: si “La boca de Jehová lo ha dicho,” tenemos en esta expresión el carácter especial de una fijeza inmutable. Una vez que el Señor lo ha dicho, no solamente es ahora, sino que siempre lo será. El Señor de los ejércitos ha hablado, y ¿quién lo anulará? La roca de la Palabra de Dios no cambia, al contrario de la arena movediza de la moderna teología científica. Alguien dijo a su ministro: “mi querido señor, ciertamente usted debe ajustar sus creencias al progreso de la ciencia.” “Sí,” respondió el ministro, “pero no he tenido el tiempo de hacerlo hoy, pues todavía no he leído los periódicos de la mañana.” Uno tendría que leer los periódicos matutinos y cada nuevo libro que sale para conocer por dónde está ubicada la teología científica hoy; pues siempre está variando y cambiando. Lo único cierto acerca de la falsa ciencia de esta época es que pronto se mostrará que es falsa. Las teorías que son sustentadas hoy, serán escarnecidas mañana. Los grandes científicos viven matando a quienes los antecedieron. No saben nada con certeza, excepto que sus predecesores estaban equivocados.

Aun en nuestra corta vida hemos visto sistema tras sistema (los hongos o más bien las setas venenosas del pensamiento) se levantan y perecen. Nosotros no podemos adaptar nuestras creencias religiosas a aquello que es más cambiante que la luna. Que lo intente quien quiera: en cuanto a mí “La boca de Jehová lo ha dicho,” es verdad para mí en este año de gracia de 1888; y si yo todavía viviera entre ustedes como un anciano de cabellos canos en 1908, no me verían haciéndole ninguna mejora al ultimatum divino. Si “La boca de Jehová lo ha dicho,” contemplamos en Su re-

velación un Evangelio que es sin ninguna variación, revelando que “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (He. 13:8).

Hermanos y hermanas, nosotros esperamos estar juntos para siempre ante el trono eterno, donde se inclinan los resplandecientes Serafines, y no estaremos avergonzados de declarar esa misma verdad de la que nos alimentamos, recibéndola directamente de la mano de nuestro Dios.

*“Pues Él es el Señor, supremamente bueno,
Su misericordia es segura para siempre;
Su verdad, que siempre se mantuvo firme,
Permanecerá hasta las edades sin fin.”*

En este punto déjenme agregar que hay algo único acerca de la Palabra de Dios, debido al poder topoderoso que la acompaña. “Pues la palabra del rey es con potestad” (Ec. 8:4); donde está la palabra de un Dios, hay omnipotencia. Si tuviéramos un trato más amplio con la Palabra de Dios en el sentido de “La boca de Jehová lo ha dicho,” veríamos mucho mayores resultados en nuestra predicación. Es la Palabra de Dios, no nuestro comentario sobre la Palabra de Dios lo que salva almas. Las almas son muertas por la espada, no por la funda de la espada, ni por las borlas que adornan su empuñadura. Si la Palabra de Dios es presentada en su nativa simplicidad, nadie puede prevalecer contra ella. Los adversarios de Dios deben ser derrotados ante la Palabra como el tamo perece en el fuego. ¡Oh, que la sabiduría se mantuviera cada vez más cerca de lo que la boca de Jehová ha dicho!

No voy a agregar nada más acerca de este punto, aunque el tema es muy vasto y muy atractivo; especialmente si fuera a reflexionar acerca de la profundidad, la altura, la adaptación, el discernimiento y el poder de autodemstración de eso que “La boca de Jehová ha hablado.”

4. Esto convierte a la Palabra de Dios en una fuente de gran alarma para muchos.

En cuarto lugar, y muy brevemente, esto convierte a la Palabra de Dios en una fuente de gran alarma para muchos. Voy a leerles todo el versículo: “Si no quisierais y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada; porque la boca de Jehová lo ha dicho” (Is. 1:20). Cada amenaza que Dios ha pronunciado, puesto que Él la ha pronunciado, está rodeada de un tremendo espanto. Ya sea que Dios amenace a un hombre o a una nación o a todo el grupo de impíos, si fueran sabios sentirían que un temblor se posesiona de ellos, porque “La boca de Jehová lo ha dicho.”

Dios no ha pronunciado todavía ninguna amenaza que haya caído al suelo. Cuando le dijo a Faraón lo que haría, lo hizo; las plagas le cayeron encima, densas y pesadas. Cuando en cualquier tiempo el Señor envió a sus profetas para denunciar juicios sobre las naciones, llevó a cabo esos juicios. Pregúntale a los viajeros lo concerniente a Babilonia y a Nínive, a Edom y a Moab, y Basán; y ellos te contarán acerca de los

montones de ruinas que demuestran cómo el Señor cumplió con Sus advertencias al pie de la letra.

Una de las cosas más espantosas registradas por la historia es el sitio de Jerusalén. No dudo que ustedes ya lo han leído, ya sea en Josefo o en cualquier otra parte. Simplemente al pensar en eso se hiela la sangre. Sin embargo todo fue predicho por los profetas, y sus profecías se cumplieron hasta su amargo fin. Ustedes hablan acerca de Dios como “amor,” y si ustedes quieren decir con esto que Él no es severo con el castigo del pecado, yo les pregunto qué entienden ustedes en lo referente a la destrucción de Jerusalén. Recuerden que los judíos conformaban Su nación elegida, y que la ciudad de Jerusalén era el lugar en el que Su templo había sido glorificado con Su presencia.

Hermanos, si ustedes vagan desde Edom hasta Sion, y desde Sion hasta Sidón, y de Sidón a Moab, encontrarán en medio de ciudades arruinadas las evidencias que comprueban que las palabras de Dios sobre juicios son ciertas. Entonces pueden estar completamente seguros que cuando Jesús dice: “E irán éstos al castigo eterno” (Mt. 25:46), así será. Cuando dice: “Porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (Jn. 8:24), así será. El Señor nunca juega a atemorizar a los hombres. Su Palabra no es una exageración para asustar a los hombres con espectros imaginarios. Hay una verdad enfática en lo que el Señor dice. Él siempre ha cumplido Sus amenazas al pie de la letra, y en el instante preciso; y pueden estar seguros que continuará haciéndolo: “Porque la boca de Jehová lo ha dicho.”

No sirve de nada sentarse y sacar deducciones acerca de la naturaleza de Dios, argumentando: “Dios es amor, y por tanto no ejecutará la sentencia sobre el impenitente.” Él sabe lo que hará, mejor de lo que tú puedas inferir; Él no nos ha dejado para que andemos deduciendo, pues Él ha hablado explícitamente y con claridad. Él dice: “Mas el que no creyere, será condenado” (Mr. 16:16), y así será, “Porque la boca de Jehová lo ha dicho.” Deduce de Su naturaleza lo que tú quieras; pero si llegas a una conclusión contraria a lo que Él ha dicho, habrás inferido una mentira, y te darás cuenta de ello.

“Ay,” dice alguien, “yo me estremezco ante la severidad de la sentencia divina.” ¿De veras? ¡Eso es bueno! Yo puedo simpatizar contigo de todo corazón. ¡Quién habrá que no tiemble cuando vea al grandioso Jehová vengándose de la iniquidad! Los terrores del Señor podrán muy bien convertir en cera al acero. Recordemos que la medida de la verdad no es nuestro placer ni nuestro terror. No es mi estremecimiento lo que puede refutar eso que la boca de Jehová ha dicho. Más bien puede ser una prueba de su verdad. ¿Acaso no temblaron todos los profetas frente a las manifestaciones de Dios? Recuerden cómo uno de ellos exclamó: “Oí, y se conmovieron mis entrañas; a la voz temblaron mis labios; pudrición entró en mis huesos” (Hab. 3:16). Uno de los últimos de los videntes ungidos cayó como muerto a los pies del Señor. Sin embargo, todo el encogimiento de su naturaleza no fue usado por ellos como un argumento para dudar.

Oh, lectores inconversos e incrédulos, por favor recuerden que si ustedes rechazan a Cristo, y se arrojan sobre la hoja filosa de la espada de Jehová, su incredulidad acerca del juicio eterno no lo alterará, ni los salvará del mismo. Yo sé por qué no creen ustedes en las terribles amenazas. Es porque ustedes quieren ser benignos con sus pecados.

Cuando estaba preso un cierto escritor escéptico recibió la visita de un hombre cristiano, que le deseaba el bien, pero el preso rehusó oír una palabra acerca de la religión. Viendo una Biblia en la mano de su visitante, hizo esta observación: “No esperas que yo crea en ese libro, ¿no es cierto? Vamos, si ese libro es verdadero, yo estoy perdido para siempre.” Precisamente es así. En eso radica la causa de la mitad de la infidelidad que hay en el mundo, y de toda la infidelidad que hay en nuestras congregaciones. ¿Cómo puedes creer en eso que te condena? ¡Ah!, amigos míos, si ustedes creyeran que es cierto y actuaran de conformidad a esa fe, ustedes también encontrarían en eso que la boca de Jehová ha dicho una vía de escape de la ira venidera; pues el Libro está mucho más lleno de esperanza que de miedo. Ese inspirado volumen fluye con la leche de la misericordia y la miel de la gracia. No es un Libro de los registros de la ira, sino un Testamento de gracia. Pero si ustedes no creen en sus advertencias amorosas, ni le dan valor a sus justas sentencias, siguen siendo verdad de todas formas. Si ustedes desafían sus truenos, si pisotean sus promesas, y aun si lo quemaran en su ira, el santo Libro todavía permanece inalterado e inalterable; pues “La boca de Jehová lo ha dicho.”

Por tanto les ruego que traten las sagradas Escrituras con respeto, y recuerden que: “Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Jn. 20:31).

5. Esto hace que la Palabra del Señor sea la razón y el descanso de nuestra fe.

Y ahora debo llegar a una conclusión, pues el tiempo se acaba, cuando destaco, en quinto lugar, que esto hace que la Palabra del Señor sea la razón y el descanso de nuestra fe. “La boca de Jehová lo ha dicho,” es el cimiento de nuestra confianza. Hay perdón; pues Dios lo ha dicho. Mira amigo; tú dices, “yo no puedo creer que mis pecados puedan ser lavados, pues me siento muy indigno.” Sí, pero “La boca de Jehová lo ha dicho.” Cree por sobre la cabeza de tu indignidad. “Ah,” dice alguien, “yo me siento tan débil que no puedo pensar, ni orar, ni hacer ninguna otra cosa, como debiera.” ¿Acaso no está escrito, “Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos” (Rm. 5:6)? “La boca del Señor lo ha dicho;” por tanto, por sobre la cabeza de tu incapacidad, créela, pues debe ser así.

Me parece oír que algún hijo de Dios dice: “Dios ha dicho, ‘No te desampararé, ni te dejaré’ (He. 13:5), pero yo tengo serios problemas; todas las circunstancias de mi vida parecen contradecir esta promesa”: sin embargo, “La boca de Jehová lo ha dicho,” y la promesa debe prevalecer. “Confía en Jehová, y haz el bien; y habitarás en la tierra, y te apacentarás de la verdad” (Sal. 37:3). Cree en Dios a pesar de lo duro de las

circunstancias. Si no puedes ver una vía de escape o un medio de ayuda, cree todavía en el Dios invisible y en la verdad de Su presencia; “Porque la boca de Jehová lo ha dicho.” Yo creo que yo he llegado al punto, al menos en este momento, que cuando las circunstancias contradicen a la promesa, la sigo creyendo a pesar de todo. Cuando los amigos me abandonan y los enemigos me calumnian y mi propio espíritu decae por debajo del grado cero y me encuentro deprimido al punto de la desesperación, estoy resuelto a colgarme de la palabra desnuda del Señor, y demostrar que es en sí misma un apoyo y un soporte completamente suficiente.

Yo voy a creer en Dios contra todos los diablos del infierno, en Dios contra Ahitofel y Judas y Demas, y todo el resto de renegados; sí, y en Dios contra mi propio corazón perverso. Su propósito permanecerá, “Porque la boca de Jehová lo ha dicho.” Lárguense, todos ustedes que contradicen esa palabra: nuestra confianza está bien cimentada, “Porque la boca de Jehová lo ha dicho.”

Pronto vamos a morir. El sudor de la muerte cubrirá nuestro rostro, y quizás nuestra lengua no pueda respondernos. Oh, que entonces, como el gran emperador alemán, nosotros podamos decir: “Mis ojos han visto tu salvación,” y, “Él me ha ayudado con Su nombre.” Cuando atravesemos los ríos, Él estará con nosotros, las corrientes altas no nos cubrirán; “Porque la boca del Señor lo ha dicho.” Cuando andemos en valle de sombra de muerte no temeremos mal alguno, porque Él estará con nosotros; Su vara y Su cayado nos infundirán aliento. “La boca de Jehová lo ha dicho.”

¡Ah!, qué será liberarnos de estas ataduras y levantarnos a la gloria. Pronto veremos al Rey en Su belleza, y nosotros mismos seremos glorificados en Su gloria; pues “La boca de Jehová lo ha dicho.” “El que cree, tiene vida eterna”; por lo tanto una eternidad de dicha es nuestra.

Hermanos, nosotros no hemos seguido fábulas artificiosas. No somos “muchachos disolutos que nadan sobre cámaras de aire” que pronto reventarán bajo nuestro peso; sino que descansamos sobre terreno firme. Nosotros moramos allí donde descansan el cielo y la tierra; allí de donde depende todo el universo; donde aun las cosas eternas tienen sus cimientos: descansamos en el mismo Dios. Si Dios nos fallara, nosotros fallaríamos gloriosamente con todo el universo. Pero no hay nada que temer; por tanto confiemos y no temamos. Su promesa debe cumplirse, pues “La boca de Jehová lo ha dicho.” Oh Señor, eso es suficiente. ¡Gloria sea dada a Tu nombre, por Cristo Jesús! Amén.

II. La Biblia probada y comprobada

“Las palabras de Jehová son palabras limpias, como plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces.” (Salmo 12:6)

En este Salmo, nuestro texto es contrastado con el mal de la época. El Salmista se queja “porque se acabaron los piadosos; porque han desaparecido los fieles de entre los hijos de los hombres” (Sal. 12:1). Era una gran aflicción para él, y no encontró consuelo excepto en las palabras del Señor. ¡Qué importa que los hombres fallen: la Palabra de Dios permanece! ¡Qué alivio es abandonar la arena de la controversia para ir a los verdes pastos de la revelación! Uno siente lo que Noé sintió, cuando, encerrado en el arca, ya no vio más la muerte y desolación que reinaban fuera. Vive en comunión con la Palabra de Dios, y entonces, aunque no tengas amigos cristianos, no te faltará compañía.

Más aún, el versículo presenta todavía un mayor contraste con las palabras de los inicuos cuando se rebelan contra Dios y oprimen a Su pueblo. Ellos decían: “Por nuestra lengua prevaleceremos; nuestros labios son nuestros; ¿quién es señor de nosotros?” (Sal. 12:4). Se jactaban, se enseñoreaban, amenazaban. El Salmista se alejó de la voz del jactancioso y acudió a las palabras del Señor. Vio la promesa, el precepto, y la doctrina de la verdad pura, y éstos le consolaron mientras los demás hablaban pura vanidad, cada uno con su vecino. Él no tenía tantas palabras del Señor como las que poseemos ahora: pero lo que él había hecho suyo por medio de la meditación, lo valoraba por encima del oro máspreciado. En la buena compañía de aquellos que habían hablado bajo la dirección divina, era capaz de soportar las amenazas de quienes le rodeaban.

Así, querido amigo, si en algún momento te corresponde estar en un lugar donde son despreciadas las verdades que amas tanto, regresa a los profetas y a los apóstoles, y escucha a través de ellos lo que Dios el Señor hablará. Las voces de la tierra están llenas de falsedad, pero la palabra del cielo es muy limpia. Hay una buena lección práctica en la posición del texto; apréndanla bien. Hagan de la Palabra de Dios su compañía diaria, y entonces, cualquier cosa que pudiera agravarlos en la falsa doctrina de la hora, no los conducirá a un abatimiento demasiado profundo; pues las palabras del Señor sostendrán el espíritu.

Mirando al texto, ¿acaso no les impacta como una maravillosa condescendencia, que Jehová, el infinito, decida utilizar palabras? En Su sabiduría, Él ha establecido esta manera de comunicación de unos con otros; pero en cuanto a Él, Él es espíritu puro e ilimitado: ¿comprimirá Sus gloriosos pensamientos en un estrecho canal de sonido, y oído, y nervio? ¿Debe la mente eterna usar palabras humanas? El glorioso Jehová habló mundos. Los cielos y la tierra fueron las expresiones de Sus labios. En cuanto a Él, parece más de acuerdo con Su naturaleza, hablar tempestades y truenos

que inclinarse a las humildes vocales y consonantes de una criatura del polvo. ¿Se comunicará Él verdaderamente con el hombre a la propia manera del hombre? Sí, Él condesciende a hablarnos utilizando palabras.

Nosotros bendecimos al Señor por la inspiración verbal, de la que podemos decir, “Guardé las palabras de su boca más que mi comida” (Job 23:12). No conozco ninguna otra inspiración, ni tampoco soy capaz de concebir alguna que pueda ser de verdadero servicio para nosotros. Necesitamos una revelación clara sobre la que podamos ejercitar la fe. Si el Señor nos hubiera hablado por un método cuyo significado fuera infalible, pero Sus palabras fueran cuestionables, no habríamos sido edificados sino confundidos; pues ciertamente es una ardua tarea extraer el verdadero sentido de palabras ambiguas. Siempre tendríamos temor que el profeta o el apóstol no nos hubieran dado, después de todo, el sentido divino: es fácil oír y repetir palabras; pero no es fácil expresar lo que otro quiere decir, con palabras propias perfectamente independientes: el significado se evapora con facilidad.

Pero nosotros creemos que los hombres santos de antaño, aunque usaran su propio lenguaje, eran guiados por el Espíritu de Dios para usar palabras que también eran las palabras de Dios. El Espíritu divino operaba de tal manera en el espíritu del escritor inspirado, que escribía las palabras del Señor, y por tanto, atesoraba cada una de ellas. Para nosotros, “Toda palabra de Dios es limpia” (Pr. 30:5), y también llena de nutrición para el alma. “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt. 4:4). Nosotros podemos declarar de todo corazón con el Salmista, “He dicho que guardaré tus palabras” (Sal. 119:57).

Nuestro condescendiente Dios se agrada tanto de hablarnos con palabras, que se ha dignado llamar a Su Unigénito “El Verbo.” “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (Jn. 1:14). El Señor usa palabras, no con renuencia sino con placer; y quiere que nosotros las tengamos también en un elevado concepto, como le dijo a Israel por medio de Moisés, “Por tanto, pondréis estas mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma” (Deu. 11:18).

Creemos que tenemos las palabras de Dios preservadas para nosotros en las Escrituras. Estamos sumamente agradecidos de que esto sea así. Si no tuviéramos las palabras del Señor registradas así, habríamos sentido que vivíamos en un tiempo malo pues ni voz ni oráculo se escucha hoy. Repito que habríamos caído en días malos si las palabras que Dios habló desde tiempos antiguos no se hubieran registrado bajo Su supervisión. Con este Libro ante nosotros, lo que el Señor habló hace dos mil años, virtualmente lo habla ahora: pues “no retirará sus palabras” (Isaías 31:2).

Su Palabra permanece para siempre, pues fue hablada, no para una ocasión, sino para todas las edades. La Palabra del Señor es tan afín a la vida y la frescura eternas, que es muy vocal y poderosa en el corazón del santo de hoy como lo fue para el oído de Abraham cuando la escuchó en Canaán; o para la mente de Moisés en el desierto; o para David cuando la cantaba acompañándose de su arpa.

¡Doy gracias a Dios porque muchos de nosotros sabemos lo que es oír la palabra divina hablada de nuevo en nuestras almas! Por el Espíritu Santo, las palabras de la Escritura vienen a nosotros con una inspiración presente: el Libro no solamente ha sido inspirado, es inspirado. Este Libro es más que tinta y papel; habla con nosotros. ¿Acaso no fue ésa la promesa: “Hablarán contigo cuando despiertes” (Pr. 6:22)?

Abrimos el Libro con esta oración, “Habla, [Jehová,] porque tu siervo oye” (1 Sam. 3:10); y a menudo lo cerramos con este sentimiento, “Heme aquí; ¿para qué me has llamado?” (1 Sam. 3:8). Sentimos como si la promesa no hubiera sido hecha en tiempos antiguos, sino que está siendo pronunciada por primera vez desde la gloria excelsa. El Señor ha hecho que la Santa Escritura sea Su palabra directa para nuestro corazón y para nuestra conciencia. No digo esto por todos, pero puedo decirlo con seguridad de muchas personas aquí presentes. ¡Que el Espíritu Santo les hable otra vez en este momento!

Al tratar de explicar mi texto, consideraremos tres puntos. Primero, *la calidad de las palabras de Dios*: “Las palabras de Jehová son palabras limpias;” en segundo lugar, *las pruebas de las palabras de Dios*: “como plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces;” y luego, en tercer lugar, *las demandas de estas palabras* derivadas de su limpieza y de todas las pruebas que han experimentado. ¡Espíritu eterno, ayúdame a hablar correctamente en lo concerniente a tu propia palabra, y ayúdanos a sentir correctamente mientras escuchamos!

1. La calidad de las palabras de Dios

Primero, entonces, queridos amigos, consideren la calidad de las palabras de Dios: “Las palabras de Jehová son palabras limpias.”

De este enunciado yo deduzco, primero, *la uniformidad de su carácter*. No se hace ninguna excepción a ninguna de las palabras de Dios, sino que todas son descritas como “palabras limpias.” No todas son del mismo carácter; algunas son para enseñar, otras son para consolar, y otras para corregir; pero por lo pronto son de un carácter uniforme de tal forma que todas son “palabras limpias.”

Yo concibo que es un mal hábito tener preferencias en relación a la Santa Escritura. Debemos preservar este volumen como un todo. Quienes se deleitan con textos doctrinales, pero omiten la consideración de pasajes prácticos, pecan contra la Escritura. Si predicamos doctrina, ellos claman, “¡Cuán dulce!” Quieren escuchar acerca del amor eterno, la gracia inmerecida y el propósito divino; y me alegra que lo quieran. A tales yo les digo: coman de la grosura y beban de lo dulce; y regocíjense porque hay grosuras plenas de médula en este Libro. Pero recuerden que hombres de Dios en tiempos antiguos, se deleitaban grandemente en los mandamientos del Señor. Sentían mucho respeto por los preceptos de Jehová, y amaban Su ley. Si alguien da la espalda y rehúsa oír acerca de los deberes y ordenanzas, me temo que no ama la Palabra de Dios del todo. Quien no la ama en su totalidad, no la ama del todo.

Por otro lado, quienes se deleitan con la predicación de deberes, pero no le dan importancia a las doctrinas de la gracia, están igualmente equivocados. Ellos dicen, “Valió la pena escuchar ese sermón, pues tiene que ver con la vida diaria.” Me agrada mucho que piensen así; pero si, al mismo tiempo, rechazan otras enseñanzas del Señor, tienen serias fallas. Jesús dijo: “El que es de Dios, las palabras de Dios oye” (Jn. 8:47). Me temo que si consideran que una porción de las palabras del Señor son indignas de su consideración, no son de Dios. Amados hermanos, nosotros valoramos las palabras del Señor en toda su extensión. No hacemos de lado las historias, como tampoco las promesas.

*“Voy a leer las historias de Tu amor,
Y guardar Tus leyes a la vista,
En tanto voy a recorrer todas las promesas
Con un deleite siempre lleno de frescura.”*

Sobre todo, no caigan en la semiblasfemia de algunos, que consideran al Nuevo Testamento grandemente superior al Antiguo. No quisiera errar afirmando que en el Antiguo Testamento encuentran más lingotes de oro que en el Nuevo, pues de esa manera caería yo mismo en el mal que condeno; pero esto diré: que son de igual autoridad, y que proyectan tal luz el uno al otro, que no podríamos pasar por alto a ninguno de los dos. “Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (Mr. 10:9). En todo el Libro, desde Génesis hasta Apocalipsis, se encuentran las palabras de Jehová y siempre son palabras limpias.

Tampoco es correcto que alguien diga: “Así habló el propio Cristo; pero tal y tal enseñanza es de Pablo.” No, no es de Pablo; si está registrada aquí, es del Espíritu Santo. Ya sea que el Espíritu Santo haya hablado por Isaías, o Jeremías, o Juan, o Santiago, o Pablo, la autoridad es siempre la misma. Aun en lo relativo a Jesucristo nuestro Señor, esto es cierto; pues Él dice de Sí mismo: “la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió” (Jn. 14:24). En este asunto Él se pone al nivel de otros que actuaron como la boca de Dios. Además dice: “Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar” (Jn. 12:49).

Nosotros aceptamos las palabras de los apóstoles como palabras del Señor, recordando lo que dijo Juan: “Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error” (1 Jn. 4:6). Así, un juicio solemne es pronunciado sobre quienes quieren poner el Espíritu de Jesús contra el Espíritu que habitó en los apóstoles. Las palabras del Señor no se ven afectadas en su valor por el medio a través del cual vinieron. Toda la verdad revelada es de la misma calidad, aun cuando algunas de sus porciones no tienen el mismo peso metálico.

Guiándonos por el texto, a continuación observamos *la pureza de las palabras del Señor*: “Las palabras de Jehová son palabras limpias.” En el comercio hay diferentes tipos de plata, como todos ustedes saben: plata impura y plata libre de metales infe-

riores. La Palabra de Dios es plata sin escoria; es como plata que ha sido purificada siete veces en un crisol de tierra en el horno, hasta haberla despojado de toda partícula sin valor: es plata absolutamente limpia. Jesús dijo: “Tu palabra es verdad” (Jn. 17:17).

Es verdad revestida de bondad, *sin mezcla de mal*. Los mandamientos del Señor son justos y rectos. Hemos escuchado ocasionalmente a algunos oponentes que censuran ciertas expresiones toscas utilizadas en la traducción que poseemos del Antiguo Testamento; pero la tosquedad de los traductores no debe atribuirse al Espíritu Santo, sino al hecho que la fuerza del idioma inglés ha cambiado, y algunas expresiones que eran muy usadas en un determinado período, se volvieron demasiado groseras en otros períodos. Sin embargo, voy a afirmar esto: que nunca he conocido a una sola persona a quien las palabras de Dios, por sí mismas, le hayan sugerido algo malo. He escuchado que se han dicho muchísimas cosas terribles, pero nunca me he encontrado con ningún caso en el que alguien haya sido conducido a pecar por un pasaje de la Escritura.

Las perversiones son posibles y probables; pero el Libro mismo es eminentemente puro. Se dan detalles de actos de criminalidad crasa, pero no dejan en la mente una huella que lesiona. La más triste historia de la Santa Escritura es un faro, y nunca un señuelo. Este es el Libro más limpio, más claro, más puro, que existe entre los hombres; es más, no se debe listar conjuntamente con los fabulosos registros que pasan por libros santos. Viene de Dios y cada palabra es limpia.

Es también un libro puro en el sentido de verdad, siendo *sin mezcla de error*. No dudo en decir que yo creo que no hay ningún error en el original de las Santas Escrituras, de principio a fin. Puede haber, y hay, errores en las traducciones, pues los traductores no son inspirados; pero inclusive los hechos históricos son correctos. La duda ha sido arrojada sobre ellos aquí y allá, y algunas veces con gran despliegue de razón: duda que ha sido imposible responder por algún tiempo; pero tan solo den suficiente espacio, y suficiente investigación, y las piedras sepultadas en la tierra gritarán para confirmar cada letra de la Escritura.

Viejos manuscritos, monedas, e inscripciones, están del lado del Libro, y contra él no hay nada sino sólo teorías, y el hecho que muchos eventos en la historia no tienen otro registro sino el que la propia Biblia nos suministra. El Libro ha estado recientemente en el horno de la crítica; pero mucho de ese horno se ha enfriado debido a que la crítica misma es despreciada. “Las palabras de Jehová son palabras limpias”: no hay ningún error de ningún tipo en toda su extensión. Estas palabras provienen de Aquél que no puede cometer errores, y que no puede tener el deseo de engañar a Sus criaturas.

Si yo no creyera en la infalibilidad del Libro, preferiría no contar con él. Si yo fuera a juzgar el Libro, él no sería mi juez. Si fuera a tamizarlo, como el cúmulo de granos que van a ser trillados, e hiciera esto a un lado y únicamente aceptara *aquello*, de

conformidad a mi propio juicio, entonces no tendría ninguna guía, a menos que fuera lo suficientemente arrogante para confiar en mi propio corazón.

La nueva teoría le niega infalibilidad a las palabras de Dios, pero prácticamente se la concede a los juicios de los hombres; por lo menos, esta es toda la infalibilidad que pueden concebir. Yo protesto que prefiero arriesgar mi alma con una guía inspirada del cielo, que con líderes que altercan y que se levantan de la tierra al llamado del “pensamiento moderno.”

Además, este Libro es puro en el sentido de confiabilidad: no tiene en sus promesas *ninguna mezcla de fallas*. Observen esto. Ninguna predicción de la Escritura ha fallado. Ninguna promesa que Dios haya dado, resultará ser mera palabrería. “El dijo, ¿y no hará?” (Nm. 23:19). Tomen la promesa como el Señor la dio, y la encontrarán fiel a cada jota y tilde de ella. Algunos de nosotros no tenemos el derecho de ser llamados “viejos y de cabellos canos,” aunque las canas son bastante conspicuas en nuestras cabezas; pero hasta este punto hemos creído en las promesas de Dios, y las hemos probado y comprobado; y ¿cuál es nuestro veredicto? Yo doy solemne testimonio que no he visto una sola palabra del Señor caer a tierra.

El cumplimiento de una promesa ha sido algunas veces demorado más allá del período que mi impaciencia hubiese deseado; pero la promesa se ha cumplido en el momento preciso, no únicamente al oído, sino también en obra y en verdad. Tú puedes apoyar todo tu peso sobre cualquiera de las palabras de Dios, y te sostendrán. En tu hora más oscura puedes estar desprovisto de velas pero cuentas con una sola promesa, y sin embargo esa luz solitaria convertirá tu medianoche en un brillante mediodía. Gloria sea dada a Su nombre, las palabras del Señor son sin mal, sin error, y sin fallas.

Además, bajo este primer encabezado, el texto no habla únicamente del carácter uniforme de las palabras de Dios, y de su pureza, sino de *su preciosidad*. David las compara con plata refinada, y la plata es un metal precioso: en otros lugares ha comparado estas palabras con oro puro. Las palabras del Señor pudieran haber parecido comparables al papel moneda, tales como nuestros cheques; pero no, son el metal mismo. Yo recuerdo la época cuando un amigo nuestro solía ir a los condados occidentales, de una finca a la otra, para comprar queso, y tenía el hábito de cargar con muchas monedas, pues había descubierto que los granjeros de ese período no aceptaban cheques, y ni siquiera querían mirarlos; pero estaban más prestos a vender cuando veían que se les iba a pagar en metálico, hasta el último centavo.

En las palabras de Dios tienes el sólido dinero de la verdad: no es ficción, sino la sustancia de la verdad. Las palabras de Dios son como lingotes de oro. Cuando las tienes empuñadas por la fe, tienes la sustancia de las cosas esperadas. La fe encuentra en la promesa de Dios la realidad de lo que busca: la promesa de Dios es tan buena como su propio cumplimiento. Las palabras de Dios, ya sean de doctrina, o de práctica, o de consuelo, son de metal sólido para el hombre de Dios que sabe cómo ponerlas en el bolso de fe personal.

De la misma manera que nosotros usamos la plata en muchos artículos en nuestros hogares, así usamos la Palabra de Dios en la vida diaria; tiene mil usos. De la manera que la plata es la moneda corriente del comerciante, así son las promesas de Dios moneda corriente tanto para el cielo como en la tierra: nosotros tratamos con Dios por Sus promesas, y así trata Él con nosotros.

Como los hombres y las mujeres se engalanan con plata a manera de ornamento, así son las palabras del Señor nuestras joyas y nuestra gloria. Las promesas son cosas bellas que son un gozo para siempre. Cuando amamos la Palabra de Dios, y la guardamos, la belleza de la santidad está en nosotros. Ésta es verdadero ornamento del carácter y de la vida, y la recibimos como un don de amor del Esposo de nuestras almas.

Amados hermanos, no necesito engrandecer en su presencia la preciosidad de la Palabra de Dios. Muchos de ustedes la han valorado por largo tiempo, y han probado su valor. He leído acerca de una mujer cristiana alemana que estaba acostumbrada a marcar su Biblia siempre que encontraba un pasaje que era especialmente precioso para ella; pero acercándose al final de su vida, dejó de hacerlo, pues dijo: “lo encuentro innecesario; pues la Escritura entera se ha convertido ahora en algo muy precioso para mí.” Para algunos de nosotros el inapreciable volumen está marcado de principio a fin por nuestra experiencia. Es todo precioso, totalmente precioso.

*No hay tesoros que enriquezcan así la mente,
Ni Tu Palabra será vendida
Por cargamentos de plata bien refinada,
Ni por montones del oro más escogido.*

Además, este texto nos presenta, no solamente la pureza y la preciosidad de las palabras del Señor, sino *la permanencia de ellas*. Son como plata que ha soportado los fuegos más hirvientes. Verdaderamente, la Palabra de Dios ha aguantado el fuego por largas edades; y fuego aplicado en sus formas más fieras: “refinada en horno de tierra,” es decir, en ese horno que los refinadores consideran como su último recurso. Si el diablo hubiera podido destruir la Biblia, habría traído los más hirvientes carbones del centro del infierno. Él no ha sido capaz de destruir una sola línea. El fuego, de acuerdo al texto, era aplicado de una manera muy diestra: la plata era colocada en un crisol de tierra, para que el fuego pudiera alcanzarla completamente. El refinador está muy seguro de emplear su calor de la mejor manera conocida para él, con el objeto de derretir la escoria; de igual manera, hombres con habilidad diabólica se esfuerzan por destruir las palabras de Dios, mediante la más astuta censura. Su objetivo no es la purificación; es la pureza de la Escritura lo que les fastidia, y tienen por objetivo destruir el testimonio divino. Su labor es en vano; pues el Libro sagrado todavía permanece como siempre fue, las palabras limpias del Señor; pero algunas de nuestras falsas concepciones de su significado han perecido felizmente en los fuegos.

Las palabras del Señor han sido probadas frecuentemente, ay, y han sido probadas perfectamente: “Purificada *siete veces*.” Cuánto falta todavía, no puedo adivinarlo,

pero ciertamente los procesos han sido ya muchos y severos. Pero permanece sin cambios. El consuelo de nuestros padres es nuestro consuelo. Las palabras que alentaron nuestra juventud son nuestro apoyo en la edad adulta. “Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre” (Is. 40:8).

Estas palabras de Dios son un cimiento firme, y nuestras esperanzas eternas están sabiamente construidas sobre él. No podemos permitir que nadie nos despoje de esta base de esperanza. En tiempos antiguos los hombres eran quemados antes que dejaran de leer sus Biblias; nosotros soportamos oposiciones menos brutales, pero que son bastante más sutiles y difíciles de resistir. Dejémonos guiar siempre por esas palabras eternas, porque ellas siempre estarán con nosotros.

Las palabras del Siempre Bendito son sin cambio e incambiables. Son como plata sin escoria, que continuará de edad en edad. Esto es lo que creemos, y en esto nos regocijamos. Y no es una carga sobre nuestra fe creer en la permanencia de la Santa Escritura, pues estas palabras fueron habladas por quien es Omnisciente, y lo sabe todo; por tanto no puede haber error en ellas. Fueron habladas por quien es Omnipotente, y puede hacerlo todo; y por tanto, Sus palabras se cumplirán. Fueron habladas por quien es Inmutable, y por tanto estas palabras no sufrirán nunca alteración alguna. Las palabras que Dios habló hace miles de años son verdaderas a esta hora, pues provienen de quien es el mismo ayer, hoy y para siempre. Quien habló estas palabras es infalible, y por tanto las palabras son infalibles. ¿Cuándo erró Él alguna vez? ¿Podría cometer errores y sin embargo ser Dios? “El dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?” (Nm. 23:19). Estén seguros de esto: “Las palabras de Jehová son palabras limpias.”

Pero el tiempo me presiona para pasar al siguiente punto.

2. Las pruebas de las palabras de Dios

En segundo lugar, y muy cuidadosamente, consideremos las pruebas de las palabras de Dios. Se dice que son como plata, que ha sido refinada en un horno. Las palabras de Dios han sido probadas por la blasfemia, por el ridículo, por la persecución, por la crítica, y por observaciones ingenuas. No intentaré elevarme en oratoria al describir las pruebas históricas del precioso metal de la revelación divina, pero mencionaré pruebas de un orden común que he observado, y que probablemente ustedes también han visto. Esto tal vez sea más simple, pero será más edificante. ¡Que el Señor nos ayude!

Al tratar con *la obstinación del pecador*, hemos probado las palabras del Señor. Hay hombres que no pueden ser convencidos ni persuadidos; dudan de todo, y apretando los dientes, resuelven no creer, aunque alguien les declare esas palabras. Están encerrados en la armadura del prejuicio, y no pueden ser heridos ni siquiera con las más agudas flechas del argumento, aunque profesen gran apertura hacia la convicción. ¿Qué se va a hacer con el numeroso clan relacionado con el señor Obstinado? Podrías muy bien argumentar con un tren expreso que con el señor Obstinado: él

continúa, y no se detiene, aunque miles se interpongan en su camino. ¿Lo convencerán las palabras de Dios?

Hay algunas personas aquí, de quienes yo habría dicho, si los hubiera conocido antes de su conversión, que era una tarea vana predicarles el Evangelio; amaban tanto el pecado, y despreciaban completamente las cosas de Dios. Extrañamente, fueron de los primeros en recibir la Palabra de Dios cuando escucharon su sonido. Vino a ellos en su original majestad, en el poder del Espíritu Santo; habló con un tono de mando a lo más íntimo de sus corazones; abrió de par en par las puertas que habían estado cerradas por largo tiempo, aherrumbradas en sus goznes, y Jesús entró para salvar y reinar. Éstos, que habían blandido desafiadamente sus armas, las arrojaron al suelo y se rindieron incondicionalmente al amor todopoderoso, dispuestos creyentes en el Señor Jesús.

Hermanos, sólo debemos tener fe en la Palabra de Dios, y predicarla con claridad y precisión, y veremos cómo se someten los rebeldes orgullosos. Ninguna mente está tan desesperadamente posada en la maldad, tan resueltamente opuesta a Cristo, que no pueda ser llevada a inclinarse ante el poder de las palabras de Dios. ¡Oh, que nosotros usáramos más la desnuda espada del Espíritu! Me temo que mantenemos esta espada de dos filos en una funda, y de alguna manera nos enorgullecemos porque la vaina está elaboradamente adornada. ¿Para qué sirve la vaina? La espada debe desenvainarse, y debemos pelear con ella, sin que intentemos guarnecerla. Proclamen las palabras de Dios. No omitan ni los terrores del Sinaí, ni las notas de amor del Calvario. Expongan la Palabra con toda fidelidad, según su conocimiento, y clamen por el poder del Altísimo, y el más obstinado pecador fuera del infierno será rendido por su medio.

El Espíritu Santo usa la Palabra de Dios: éste es Su único ariete con el cual derriba las fortalezas del pecado y del yo en aquellos corazones con los que trata eficazmente. La Palabra de Dios soportará las pruebas que le presente la dureza del corazón natural, y demostrará su origen divino por medio de sus operaciones.

Aquí comienza otra prueba. Cuando un hombre está lo suficientemente quebrantado, sólo ha recorrido una parte del camino. Una nueva dificultad se levanta. ¿Se sobrepondrán las palabras del Señor a *la desesperación del penitente*? El hombre se encuentra lleno de terror a causa del pecado, y el infierno ha comenzado a arder dentro de su pecho. Pueden hablarle con amor, pero su alma se rehúsa a ser consolada, hasta que le presentes las palabras del Señor para que se enfrente a ellas, “Su alma abominó todo alimento” (Sal. 107:18). Háblale de un Salvador agonizante; quédate por un rato en el tema de la gracia inmerecida y el perdón total; háblale del recibimiento del hijo pródigo, y del amor inmutable del Padre. Asistido por el poder del Espíritu, estas verdades deben traer luz a quienes están sentados en tinieblas.

Las peores formas de depresión son curadas cuando se cree en la Santa Escritura. A menudo me he quedado desconcertado, cuando estoy bregando con un alma convicta de pecado, incapaz de ver a Jesús; pero nunca he albergado ninguna duda que al

fin, las palabras del Señor se convertirán en una copa de consolación para el corazón desfallecido. Podemos estar desconcertados por un tiempo, pero con las palabras del Señor como nuestras armas, el Gigante Desesperación no nos va a derrotar.

Oh, ustedes que están en servidumbre bajo el temor del castigo, ustedes alcanzarán la libertad: sus cadenas se romperán, si aceptan las palabras de Dios. La Palabra de mi Señor puede abrir ampliamente las puertas de la prisión: Él ha roto las puertas de bronce, y ha despedazado las barras de hierro.

Debe ser una palabra maravillosa esa que, como un hacha de combate, aplasta el yelmo de la presunción, y al mismo tiempo, como dedo de amor, toca la delicada herida sangrante y la sana al instante. Las palabras del Señor, tanto para quebrantar como para exaltar, son igualmente efectivas.

En ciertas instancias, las palabras de Dios son probadas *por la particularidad del que busca*. ¡Cuán frecuentemente algunas personas nos han dicho que estaban seguras que no había nadie como ellas en todo el mundo! Eran hombres acorralados; peces extraños que ningún mar podría contener. Ahora, si estas palabras son ciertamente de Dios, serán capaces de tocar cualquier caso; de otra manera no. Las palabras de Dios han sido sometidas a esa prueba, y estamos sorprendidos por su adaptación universal. Siempre hay un texto que se puede aplicar a cada caso, aunque sea notable y excepcional. En algunas instancias, hemos oído acerca de un texto extraño, relativo al cual no podíamos ver antes por qué había sido escrito; sin embargo, tiene evidentemente una adecuación para alguna persona en particular, a quien ha venido con divina autoridad.

La Biblia puede ser comparada con el manojó de llaves de un cerrajero. Las utiliza una a una, y dice de alguna: “¡Esta es una llave extraña, ciertamente no se adecuará a ninguna cerradura existente!” Pero algún día el cerrajero será llamado para abrir una cerradura muy peculiar. Ninguna de sus llaves funciona. Finalmente elige ese espécimen singular. ¡Vean! Entra en la ranura, quita el cerrojo y permite el acceso al tesoro. Está demostrado que las palabras de este libro son las palabras de Dios, porque tienen una adaptación infinita a las diversas mentes que el Señor ha creado. ¡Con qué colección de llaves contamos aquí el día de hoy! No les podría describir todas las que hay: Bramah y Chubb¹, y todos los demás, no podrían haber diseñado tal variedad: sin embargo, yo estoy seguro que en este volumen inspirado, hay una llave que en todos sentidos es adecuada para cada cerradura.

Personalmente, cuando he tenido problemas, he leído la Biblia hasta que algún texto me ha parecido que sobresale del Libro, y me saluda, diciendo: “Fui escrito especialmente para ti.” Me ha mirado como si la historia hubiera estado en la mente del escritor cuando escribió ese pasaje; *y en efecto estaba* en la mente de ese Autor divino que está detrás de todas estas páginas inspiradas. Así, las palabras del Señor han

¹ **Bramah y Chubb** – Bramah fue un portento británico en el desarrollo de cerraduras de seguridad, casi imposibles de ser violadas por ladrones. Se fabrican todavía al día de hoy. Chubb fue otro importante fabricante de ese tipo de cerraduras y de cajas de seguridad.

aguantado la prueba de adaptación a las singularidades de los hombres como individuos.

Frecuentemente nos encontramos con gente de Dios que han probado las palabras de Dios *en tiempos de tremendas aflicciones*. Hago aquí una apelación a la experiencia del pueblo de Dios. Has perdido al hijo amado. ¿Acaso no hubo una palabra del Señor para alentarte? Perdiste tu propiedad: ¿Acaso no hubo un pasaje de las Escrituras que te permitió enfrentar el desastre? Has sido calumniado: ¿no hubo una palabra para consolarte? Estabas enfermo y al mismo tiempo deprimido; ¿No te proveyó el Señor de consuelo en esas circunstancias? No voy a multiplicar las preguntas: el hecho es que nunca estuviste arriba sin que la Palabra de Dios no estuviera allí contigo; y nunca estuviste abajo, sin que la Escritura no estuviera allí contigo.

Ningún hijo de Dios se encontró alguna vez en una zanja, un hoyo, una cueva o un abismo, sin que las palabras de Dios no lo encontraran. ¡Cuán a menudo las promesas llenas de gracia están emboscadas para sorprendernos con sus misericordias! Yo adoro la infinitud de la bondad de Dios, según la veo reflejada en el espejo de la Escritura.

Además, la Palabra de Dios está probada y comprobada como *una guía en la perplejidad*. ¿No nos hemos visto forzados, algunas veces, a hacer una pausa y decir: “No sé qué pensar de esto”? “¿Cuál es la opción adecuada?” Este libro es un oráculo para el hombre de sencillo corazón en su perplejidad mental, moral y espiritual. ¡Oh, que lo usáramos más! Tengan por seguro que nunca se encontrarán en medio de un laberinto tan complicado de donde este libro, bendecido por el Espíritu, no pueda ayudarles a salir. Esta es la brújula para todos los marineros que navegan en el mar de la vida: usándola sabrán dónde se encuentra el polo. Guíense por las palabras del Señor, y tendrán libre el camino.

Amados, las palabras de Dios aguantan otra prueba; son *nuestra defensa en los tiempos de tentación*. Tú puedes escribir un libro que ayude a un hombre cuando es tentado en una cierta dirección; ¿acaso el mismo volumen lo fortalecerá cuando es atraído en la dirección opuesta? ¿Pueden concebir un libro que se constituya en una valla alrededor, rodeando al hombre en todas direcciones? ¿Qué lo guarde de aquel abismo, y del golfo que está al otro lado? Sin embargo, así es este Libro.

El propio diablo no puede inventar una tentación que no pueda enfrentarse con estas páginas; y todos los diablos juntos que están en el infierno, si sostuvieran un congreso, y llamaran en su ayuda a todos los hombres perversos, no podrían inventar un ardid que no se pudiera enfrentar con esta biblioteca de verdad sin par. Alcanza al creyente en cada condición y posición, y lo preserva de todo mal. “¿Con qué limpiarás el joven su camino? Con guardar tu palabra” (Sal. 119:9).

Finalmente, sobre este punto, aquí encontramos una grandiosa prueba del Libro: *ayuda a los hombres en su muerte*. ¡Créanme, morir no es un juego de niños! Ustedes y yo nos encontraremos en esa solemne situación antes de que nos demos cuenta, y entonces necesitaremos un poderoso consuelo. Nada en la tierra me da tanto ci-

miento en la fe, como visitar a miembros de esta iglesia cuando están en el umbral de la muerte. Es muy triste ver cómo se consumen o cómo los tortura el dolor; sin embargo, el principal efecto que se produce en el visitante es más bien alegre que triste.

Esta semana he visto a una hermana muy conocida por muchos de ustedes, que sufre de cáncer en la cara, y puede, muy probablemente, estar muy pronto con su Señor. Es una aflicción terrible, y uno no sabe qué puede implicar todavía; pero esa paciente llena de gracia, ni murmura ni siente temor. Nadie en este lugar, aunque goce de perfecta salud, podría estar más calmado, más tranquilo, que nuestra hermana. Ella me dijo con plena confianza, que viva o muerta ella le pertenece al Señor, y que tenía radiantes anhelos de estar para siempre con el Señor. Lo poco que podía decir con su voz era complementado con toda la abundancia que expresaba con sus ojos, y con todo su comportamiento. Allí no había ni excitación, ni fanatismo, ni acción alguna de medicinas en el cerebro; lo que había era una quieta esperanza del gozo eterno, dulcemente razonable y segura.

Hermanos, no es difícil salir de este mundo cuando descansamos en ese viejo y seguro Evangelio que les he predicado durante todos estos años. Personalmente, yo puedo ya sea vivir o morir en estas eternas verdades que les he proclamado; y esta seguridad me da valentía cuando predico.

No hace mucho tiempo, estaba sentado junto a un hermano que se acercaba a su fin. Yo le pregunté: “¿No tienes miedo a la muerte?” Él me respondió con alegría: “Me avergonzaría de mí mismo si lo tuviera, después de todo lo que he aprendido de tus labios acerca del Evangelio glorioso durante todos estos años. Es un gozo partir y estar con Cristo, lo que es mucho mejor.” Ahora, si este volumen inspirado, con todo su maravilloso registro de las palabras de Dios, nos ayuda en las pruebas de la vida, nos dirige en nuestro diario caminar, y nos capacita para sortear la última gran tormenta, ciertamente es precioso más allá de toda descripción, “Como plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces.”

3. Las exigencias de las palabras del Señor

Ahora, en tercer lugar, ¿qué exigen estas palabras del señor?

Las exigencias de estas palabras son muchas. Primero, *merecen ser estudiadas*. Amados, ¿puedo suplicarles que escudriñen constantemente la Escritura inspirada? Tú dices: ¡Aquí tengo la última novela que ha salido! ¿Qué debo hacer con ella? Tírala al piso. ¡Aquí tengo otra pieza de ficción que se ha vuelto sumamente popular! ¿Qué haré con ella? Hazla a un lado o déjala caer entre las barras de la parrilla. Este sagrado volumen es la más reciente de las novelas. Para algunos de ustedes será un libro enteramente nuevo.

Nosotros contamos con un grupo que suministra Biblias a lectores, pero necesitamos en gran medida lectores de la Biblia. Lamento que inclusive entre algunas personas que llevan el nombre de cristianos, la Santa Escritura es el libro menos leído de sus bibliotecas. Alguien preguntó acerca de un predicador, el otro día, “¿Cómo

mantiene su congregación? ¿Le da siempre a la gente algo nuevo?” “Sí,” le respondió otro, “él les da el Evangelio; y en estos días, eso es lo más nuevo que ha salido.” Ciertamente así es; el viejo, viejo Evangelio es algo nuevo siempre. La doctrina moderna es únicamente nueva de nombre; no es nada, después de todo, sino una mezcla confusa de rancias herejías y de especulaciones enmohecidas.

Si el Señor ha registrado Sus palabras en un Libro, escudriñen sus páginas con un corazón creyente. Si no lo aceptan como la Palabra inspirada de Dios, no puedo invitarlos a prestarle una atención particular; pero si lo consideran como el Libro de Dios, los exhorto, así como voy a encontrarlos en el trono de juicio de Cristo, para que estudien la Biblia diariamente. No traten al Eterno Dios sin el debido respeto, sino que más bien deléitense en Su Palabra.

¿La leen? Entonces *crean en ella*. ¡Oh, anhelan creer intensamente en cada palabra que Dios ha hablado! No la consideren como un credo muerto, sino dejen que los sostenga con su mano todopoderosa. No sostengan ninguna controversia con alguna de las palabras del Señor. Crean sin ninguna mezcla de duda. Al hermano del famoso Unitario, el doctor Priestly, se le permitió predicar en lugar de su hermano, en su capilla de Birmingham; pero se le solicitó que no eligiera ningún tema controversial. Él obedeció al pie de la letra sus instrucciones, pero fue rebelde contra su espíritu, viendo que adoptó por su texto: “E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne” (1 Ti. 3:16).

Ciertamente no hay ninguna controversia entre los hombres espirituales en relación a la gloriosa verdad de la encarnación de nuestro Señor Jesús. Así también, todas las palabras del Señor están fuera de la región de debate: para nosotros son certezas absolutas. Mientras una doctrina no se convierta en certeza absoluta para un hombre, nunca podrá conocer su dulzura: la verdad tiene poca influencia en el alma mientras no sea creída con plenitud.

A continuación, *obedezcan al Libro*. Háganlo con libertad, háganlo de todo corazón, háganlo constantemente. No se aparten del mandamiento de Dios. ¡Que el Señor los haga perfectos en toda buena obra, para hacer Su voluntad! “Haced todo lo que os dijere” (Jn. 2:5). Ustedes que son inconversos, obedezcan la palabra del Evangelio: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo” (Mr. 16:16). El arrepentimiento y la fe son a la vez los mandamientos y los dones de Dios; no los descuides.

Además, estas palabras de Dios deben *ser preservadas*. No renuncien a una sola línea de la revelación de Dios. Tal vez no sepan la particular importancia del texto asediado, pero no les corresponde a ustedes valorar el valor proporcional de las palabras de Dios: si el Señor ha hablado, estén preparados a morir por lo que Él ha dicho. A menudo me he preguntado si, de acuerdo a los conceptos de algunas personas, hay alguna verdad por la que vale la pena que un hombre muera en la hoguera. Yo diría que no; pues no estamos seguros de nada, de acuerdo a los conceptos modernos. ¿Valdría la pena morir por una doctrina que puede ser mentira la siguiente semana? Los descubrimientos recientes pueden mostrar que hemos sido víctimas de una opi-

nión anticuada: ¿No sería mejor que esperáramos para ver qué pasa? Sería una desgracia morir en la hoguera demasiado pronto, o quedar preso por un dogma que, en pocos años, será reemplazado.

Hermanos, no podemos soportar esta teología voluble. ¡Que Dios nos envíe una raza de hombres que tenga firmeza! Hombres que crean en algo, y que estén dispuestos a morir por sus creencias. Este Libro merece el sacrificio de todo nuestro ser, para mantener cada una de sus líneas.

Creando y defendiendo la Palabra de Dios, entonces *proclamémosla*. Salgan esta tarde, en este primer domingo de verano, y prediquen en la calle las palabras de vida. Vayan a alguna reunión en alguna casa, o a un taller, o algún albergue, y declaren las palabras divinas. “La verdad es poderosa y prevalecerá,” afirman: pero no prevalecerá si no se da a conocer. La propia Biblia no obra maravillas a menos que sus verdades sean publicadas por doquier. Prediquen entre los paganos que el Señor reina desde el madero. Prediquen en medio de las multitudes que el Hijo de Dios ha venido para salvar a los perdidos, y que cualquiera que crea en Él tendrá vida eterna. Hagan saber a todos los hombres que “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16). Esto no se llevó a cabo en un rincón: no lo guarden como un secreto. Vayan ustedes por todo el mundo, y prediquen el Evangelio a toda criatura; y ¡que el Señor los bendiga! Amén.

III. La infalibilidad: Dónde encontrarla y cómo usarla

“Escrito está.” (Mateo 4:4)

Las mentes precavidas desean ansiosamente algún punto fijo en el cual poder creer. El viejo filósofo necesitaba un punto de apoyo para su palanca, y creía que si lo hubiera podido conseguir, habría movido el mundo. No es nada confortable estar siempre en alta mar; muy pronto desearíamos con vehemencia descubrir *terra firma* (tierra firme), y plantar nuestro pie sobre una roca. No podemos descansar hasta haber encontrado algo que es cierto, seguro, establecido, decidido, y que ya no se puede cuestionar. Muchas mentes se han asomado a la región brumosa del racionalismo, y no han visto nada excepto niebla y bruma perpetuas, y, temblando por el terrible frío de esas regiones árticas del escepticismo, han anhelado una luz más clara, una guía más cálida, una creencia más tangible. Este anhelo ha conducido a los hombres a

extrañas creencias. Satanás, viendo su hambre voraz, los ha llevado a aceptar una piedra por pan.

Muchos han sostenido, y aún siguen sosteniendo, que es posible encontrar el cimiento infalible en el Papa de Roma. No me sorprende que prefieran considerar infalible a un hombre que estar completamente sin una norma de verdad; sin embargo, es tan monstruoso que los hombres crean en la infalibilidad papal, que si ellos mismos no lo manifestaran, nosotros pensaríamos que es muy insultante acusarlos de decir eso. Que una mente pueda torcerse, por medio de alguna contorsión posible, en una postura en la que es capaz de aceptar tal creencia, es uno de los misterios de la humanidad. ¡Cómo, si los papas yerran en cosas tan pequeñas, cuánto más en los grandes asuntos!

En el libro de Disraeli, “Curiosidades de la Literatura” está registrado el siguiente incidente divertido, bajo el encabezado de “Errata”: “Uno de los más egregios de todos los disparates literarios es el de la edición de la Vulgata, por Sixto V. Su Santidad supervisó cuidadosamente cada hoja que era impresa; y, para sorpresa de todo el mundo, la obra permaneció sin rival; ¡estaba plagada de erratas! Tuvieron que imprimir una multitud de trocitos de papel para pegarlos sobre los pasajes que contenían errores, para poder producir el verdadero texto. El libro tiene una apariencia fantástica con todos esos remiendos; y ¡los herejes se regocijaron con esta demostración de infalibilidad papal! La copias de la impresión fueron recogidas, y se hicieron violentos intentos por suprimirla; algunas de esas copias sobreviven para embelesamiento de los coleccionistas bíblicos; en una venta posterior, la Biblia de Sixto V fue vendida en sesenta guineas (unidad monetaria inglesa); ¡no fue demasiado para un simple libro plagado de desatinos! El mundo se divirtió en grado sumo con la bula pontificia que servía de editorial papal antepuesta al primer volumen, que excomulgaba a todos los impresores que al reimprimir la obra le hicieran alguna *alteración* al texto!”

La noción de una infalibilidad que reside en un hombre mortal es digna de un manicomio, y escasamente merece una discusión seria. Casi no se puede leer una página de la historia que aun los católicos admiten que es auténtica, sin descubrir que los papas han sido hombres y no dioses, y sus bulas pontificias son tan desacertadas y erróneas como los decretos de los príncipes mundanos. Mientras el hombre conserve un claro entendimiento, no puede descansar en la infalibilidad imaginaria de un sacerdote.

Otros, sin embargo, acarician con esperanza la idea de una iglesia infalible. Ellos creen en las decisiones de los concilios generales, y esperan encontrar allí la roca de la certeza. Aparentemente esto es más fácil, pues en la multitud de consejeros hay sabiduría, pero en la realidad es igualmente ridículo; pues si juntas a un determinado número de hombres, cada uno de los cuales es falible, es claro que no te has acercado a la infalibilidad. Es tan fácil creer que un hombre es inspirado como que quinientos o seiscientos hombres lo son. El hecho es que las iglesias han cometido errores de la

misma manera que los hombres, y han caído en lastimosos disparates tanto en materia de práctica como de doctrina. Miren a las iglesias de Galacia, Corinto, Laodicea, Sardis, y otras muchas más; más aún, descubrimos que los primeros discípulos de nuestro Señor, que constituyeron la iglesia verdaderamente primitiva y apostólica, no eran infalibles. Cometían graves errores en relación a una sencilla palabra de nuestro Señor.

Él dijo en relación a Juan, “Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?” (Jn. 21:22). “Este dicho se extendió entonces entre los hermanos, que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?” (Jn. 21:23). Aun los mismos apóstoles podían cometer errores, y los cometían. Ellos eran infalibles en lo que escribieron cuando estaban bajo la inspiración del Espíritu Santo, pero no en cualquier otro momento. Sin embargo, hermanos, no me sorprende que en la penosa angustia a la que la mente es sometida a menudo, se considere mejor creer en una iglesia infalible que ser abandonado a la pura razón, ser sacudido de un lado al otro, como barca desolada azotada por vientos cambiantes a lo largo de terribles cúmulos de cuestionamientos que son encontrados en el intranquilo océano de la incredulidad. Anhelando, como lo hago, un cimiento seguro, y rechazando tanto a los Papas como a los concilios, ¿adónde voy a mirar?

Tenemos una palabra más segura de testimonio, una roca de verdad sobre la que nos apoyamos, pues nuestra norma infalible se encuentra en, “Escrito está.” La Biblia, toda la Biblia, y únicamente la Biblia, es nuestra religión. De este Libro inspirado decimos: hay verdades que están muy por encima de nuestra comprensión, puestas allí a propósito para permitirnos ver cuán superficiales son nuestras mentes finitas. Pero en lo relativo a puntos vitales y fundamentales, la Biblia no es difícil de entender, ni puede haber excusa alguna en relación a las multitudes de errores que los hombres pretenden haber encontrado en ella.

Un bebé en la gracia, enseñado por el Espíritu de Dios, puede conocer la mente del Señor en lo relativo a la salvación, y encontrar su camino al cielo únicamente por la guía de la Palabra. Pero que sea profunda o sencilla, no es la pregunta; es la Palabra de Dios, y es una pura verdad que no puede errar. Aquí hay infalibilidad, y no en ningún otro lado.

Deseo hablar hoy acerca de este Libro grandioso e infalible, que es nuestra única corte de apelaciones: y deseo hablar especialmente a los jóvenes convertidos que en los últimos días han encontrado al Salvador, pues este Libro debe ser usado por ellos como la espada del Espíritu en los conflictos espirituales que los esperan. Quisiera exhortarlos con mucho celo para que se pongan esta parte de toda la armadura de Dios, para que puedan resistir al gran enemigo de sus almas.

“Escrito está.” Voy a recomendar para uso de nuestros jóvenes soldados, el arma que no falla, comentando que *ésta es la propia arma de nuestro Campeón*; en segundo lugar, los exhortaré a que observen *para qué usos Él aplicó esta arma*; y, en tercer lugar, Lo observaremos para ver *cómo la manejaba*.

1. Fue el arma escogida por nuestro Campeón

Yo recomiendo a cada cristiano el uso constante de la Palabra infalible, porque fue el arma escogida por nuestro Campeón cuando fue tentado por Satanás en el desierto. *Él tenía muchas opciones de armas* con las cuales combatir con Satanás, *pero no tomó ninguna excepto esta espada del Espíritu*: “Escrito está.” Nuestro Señor pudo haber vencido a Satanás por medio de una fuerza angélica. Sólo tenía que haberle pedido a Su Padre y le hubiera enviado inmediatamente doce legiones de ángeles, contra cuya poderosa embestida el archienemigo no hubiera podido prevalecer ni un instante. Si nuestro Señor simplemente hubiera ejercido Su deidad, una sola palabra habría enviado al tentador de regreso a su guarida infernal. Pero en vez de un poder angélico o divino, Él usó, “Escrito está”; enseñando así a Su iglesia que nunca debe invocar la ayuda de la fuerza, o el uso de armas carnales, sino que debe confiar únicamente en la omnipotencia que habita en la palabra segura del testimonio. Ella es nuestra hacha de combate y nuestra arma de guerra. Los patrocinios o las restricciones del poder civil no son para nosotros; ni tampoco nos atrevemos a usar ya sea los sobornos o las amenazas para convertir a los hombres en cristianos: un reino espiritual debe ser establecido y sostenido únicamente por medios espirituales.

Nuestro Señor pudo haber derrotado al tentador, simplemente descubriendo Su propia gloria. La brillantez de la divina majestad estaba escondida dentro de la humildad de Su naturaleza humana, y si Él hubiera levantado el velo por un momento, el demonio habría estado tan completamente confundido como lo están los murciélagos y los búhos cuando el sol brilla directamente en sus caras. Pero Jesús todavía se dignó esconder Su excelente majestad, y defenderse únicamente con “Escrito está.”

Nuestro Señor también pudo haber acometido a Satanás con la retórica y con la lógica. ¿Por qué no discutió los puntos con él, conforme fueron surgiendo? Aquí habían tres diferentes proposiciones que discutir, pero nuestro Señor se limitó a un solo argumento, “Escrito está.” Ahora, amados hermanos, si nuestro Dios y Señor, con todas las opciones de armas que pudo haber tenido, seleccionó únicamente esta verdadera hoja de espada de Jerusalén, la Palabra de Dios, no dudemos ni un instante, sino que tomemos y sostengamos firmes esta espada, la única arma de los santos en todos los tiempos. Arrojen lejos la espada de madera del razonamiento carnal; no confíen en la elocuencia humana, sino que ármense con las solemnes declaraciones de Dios, que no puede mentir, y entonces no tendrán que temer a Satanás ni a sus huestes. Jesús, podemos estar seguros de ello, eligió la mejor arma. Lo que era lo mejor para Él es lo mejor para ti.

Debemos tomar nota que nuestro Señor *usó esta arma al inicio de Su carrera*. No había dado comienzo todavía Su ministerio público, pero, si puedo usar la expresión, aún cuando Su joven mano no había sido probada en la guerra pública, el empuñó de inmediato el arma forjada para Él, y dijo valientemente “Escrito está.” Ustedes, jóvenes cristianos que han sido convertidos recientemente, probablemente ya han sido tentados, o muy pronto lo serán, pues yo recuerdo que la primera semana después

que encontré al Salvador, fui sujeto a una tentación espiritual verdaderamente furiosa, y no me sorprendería que lo mismo les sucediera a ustedes.

Ahora los exhorto a que hagan como hizo Jesús, y empuñen firmemente: “Escrito está.” Es tan ciertamente el arma del niño como la defensa del hombre fuerte. Si el creyente fuera tan alto como Goliat de Gat, no necesita tener una mejor espada que ésta, y si fuera un simple pigmeo en las cosas de Dios, esta espada le vendría bien a su mano y sería igualmente eficaz para el ataque o la defensa. Cuán misericordioso es para ti, joven cristiano, que no tengas que discutir, sino creer; que no tengas que inventar, sino aceptar.

Sólo tienen que abrir sus Biblias, encontrar un texto, y arrojarlo a Satanás, como una piedra salida de la honda de David, y ganarán la batalla. “Escrito está,” y lo que está escrito es infalible; aquí está la fuerza de su argumento. “Escrito está;” Dios lo ha dicho; eso es suficiente. Oh, bendita espada y escudo que el pequeño niño puede usar con eficacia, y que es útil para el hombre ignorante y sencillo, y que da poder al de inteligencia deficiente, y logra conquistas para el débil.

Observen a continuación, que como Cristo eligió esta arma de entre todas las armas, usándola en su primer conflicto, así también, *la usó cuando no había ningún hombre cerca*. El valor de la Santa Escritura no es visto únicamente en la enseñanza pública o cuando uno se esfuerza por encontrar la verdad; su silbo apacible y delicado es igualmente poderoso cuando el siervo del Señor está soportando aflicciones personales en el desierto solitario. Las contiendas más severas de un verdadero cristiano son usualmente desconocidas para todas las demás personas. Nosotros nos encontramos con las tentaciones más sutiles, no precisamente dentro de la familia, sino en el ropero; no combatimos con los principados y potestades en el taller, con la furia con que lo hacemos en los escondrijos de nuestro propio espíritu. Para estos terribles duelos, “Está escrito” es la mejor espada y escudo.

La Escritura es buena para convencer a otra persona; pero la Escritura es absolutamente necesaria para consolar, defender, y santificar nuestra propia alma. Debes saber cómo usar únicamente la Biblia, y entender cómo enfrentarte con los más sutiles enemigos, acompañado de ella; pues hay un diablo real y personal, como lo sabe por experiencia la mayoría de los cristianos, pues han estado frente a frente con él, y han conocido sus astutas sugerencias, sus horribles insinuaciones, sus afirmaciones blasfemas, y sus diabólicas acusaciones. Hemos sido atacados por pensamientos provenientes de una mente más vigorosa, más experimentada y más sutil que la nuestra, y para todo esto no hay más que una sola defensa: la infalible frase “Escrito está.”

Han ocurrido muchísimos conflictos entre los siervos de Dios y Satanás, que son más notables en los anales inéditos de la historia sagrada que el Señor registra, que los hechos más valientes de los héroes de la antigüedad, alabados por los hombres en sus himnos nacionales. Quien es saludado con el sonido de la trompeta y cuya estatua está colocada en la plaza pública, no es el único conquistador; hay vencedores que han combatido con ángeles y han prevalecido, cuyas proezas aun Lucifer debe reco-

nocer con amargura. Todos éstos atribuyen sus victorias a la gracia que les enseñó cómo usar la Palabra infalible del Señor.

Querido amigo, debes tener “Escrito está” listo junto a ti en todo momento. Hay personas que cuando comienza un conflicto espiritual, corren hacia un amigo solicitando su ayuda; yo no condeno esa práctica, pero sería mucho mejor si acudieran al Señor y a Su promesa segura. Algunos, a la primera embestida, están prestos a renunciar a toda esperanza. Ustedes no actúen de esa manera tan cobarde; busquen la gracia para actuar como hombres. Deben luchar si es que van a entrar al cielo; miren el arma que tienen, que no se puede torcer ni puede perder su filo; empúñenla con valor y húndanla en el corazón del enemigo. “Escrito está” cortará a través del alma y del espíritu, y herirá al propio viejo dragón.

Observen que *nuestro Señor usó esta arma bajo las circunstancias más difíciles*, pero le pareció suficiente para Sus necesidades. Él estaba solo; no había a Su lado ningún discípulo que Le pudiera acompañar, pero la Palabra era el hombre a Su diestra, la Escritura tenía comunión con Él. Tenía hambre, pues había ayunado cuarenta días con sus noches, y el hambre es un dolor agudo, y a menudo los espíritus se hunden cuando el cuerpo tiene necesidad de alimento; sin embargo, “Escrito está” mantuvo a raya al lobo del hambre; la Palabra nutrió al Campeón con tal alimento que no solo suprimió toda debilidad, sino que lo hizo poderoso en espíritu. Él fue colocado por Su adversario en una posición de gran peligro, poniéndole sobre el pináculo del templo del Señor. Sin embargo, allí estuvo y no necesitó ningún apoyo más seguro que ése que Le proporcionaban las promesas del Señor. “Escrito está,” le permitía mirar hacia abajo desde la altura vertiginosa y sin embargo frustrar al tentador.

También fue colocado donde los reinos del mundo se extendían bajo Su pie, un panorama sin par que a menudo ha deslumbrado los ojos de grandes hombres y los ha conducido progresivamente a la destrucción; pero “Escrito está” hizo a un lado las trampas de la ambición y se burló de la fascinación del poder. Ya sea en el desierto, o en el templo, o en una montaña sumamente elevada, no se requirió ningún cambio en el modo de combatir; el infalible “Escrito está” le ayudó en cada posición en la que se encontró, y lo mismo sucederá con nosotros.

Recomiendo encarecidamente la Palabra de Dios para quienes se han alistado recientemente bajo el estandarte de mi Señor. Así como dijo David de la espada de Goliath, “Ninguna como ella,” lo mismo digo yo de las Santas Escrituras. Nuestro Señor fue tentado en todos los puntos al igual que nosotros, y en eso Él se identifica con nosotros, pero Él resistió las tentaciones, y en eso Él es nuestro ejemplo; debemos seguirlo plenamente si queremos compartir Sus triunfos.

Observen que nuestro Señor *continuó usando Su única defensa*, aunque Su adversario frecuentemente cambió su punto de ataque. El error tiene muchas formas, la verdad es una. El diablo lo tentó para que desconfiara, pero ese dardo fue detenido por el escudo de “Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.” El enemigo le lanzó un golpe desde la perspectiva de la

soberbia, tentándolo para que se arrojara desde el templo; pero cuán terriblemente cayó esa espada de dos filos sobre la cabeza del diablo, “Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios” (Mt. 4:7).

El siguiente golpe insolente fue dirigido contra nuestro Señor con la intención que cayera de rodillas ante él, “Todo esto te daré, si postrado me adorares” (Mt. 4:9); pero fue detenido y devuelto con aplastante fuerza por, “Escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás” (Mt. 4:10). Esto hirió el corazón del Leviatán. Esta arma es buena en todo momento; buena para la defensa y para el ataque, para proteger toda nuestra humanidad o para golpear a través de las junturas y la médula del enemigo.

Como la espada encendida del querubín a la puerta del Edén, se revuelve por todos lados. Ustedes no pueden estar en ninguna condición para la que la Palabra de Dios no tenga una provisión; tiene tantos rostros y ojos como la misma Providencia. Descubrirán que nunca falla en todos los períodos de sus vidas, en todas las circunstancias, independientemente de la compañía en que se encuentren, en todas las pruebas, y en medio de todas las dificultades. Si fallara no sería útil en las emergencias, pero su verdad inerrante la vuelve invaluablemente preciosa para los soldados de la cruz.

Entonces yo les recomiendo que escondan la Palabra de Dios en sus corazones, y que reflexionen acerca de ella en sus mentes. “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros en toda sabiduría” (Col. 3:16). Estén arraigados y cimentados y establecidos en su enseñanza, y saturados por su espíritu. Para mí es un intenso gozo escudriñar con diligencia el libro de gracia de mi Padre. Crece en mí diariamente. Fue escrito por inspiración en tiempos antiguos, pero yo he descubierto, cuando me alimento de él, que no sólo *fue* inspirado cuando fue escrito, sino que aún es inspirado. No es un simple documento histórico; es una carta recién escrita por la pluma de Dios para mí. No es un sermón que fue predicado una vez pero que ha terminado; todavía habla. No es una flor marchita, arrinconada en un *hortus seccus* (huerto de flores secas), con su belleza nublada y su perfume evaporado; sino que es una flor fresca que acaba de surgir en el jardín de Dios, tan fragante y tan hermosa como cuando Él la plantó.

Yo no veo a las Escrituras como un arpa que fue tocada una vez por unos dedos diestros, pero que ahora cuelga como un recuerdo sobre la pared: no, es un instrumento de diez cuerdas que todavía está en las manos del trovador, llenando aún el templo del Señor con música divina, de tal manera que quienes tienen oídos para oír, se deleitan al escucharla. La Santa Escritura es una arpa eolia² a través de la cual el viento bendito del Espíritu siempre está soplando y creando música mística, tal que ningún hombre podrá oír en ninguna otra parte, y ni siquiera oírla allí mismo, a menos que sus oídos hayan sido abiertos mediante el toque sanador del Grandioso Médi-

² **Arpa eolia** – Instrumento musical constituido por una caja sonora con seis u ocho cuerdas afinadas en el mismo tono, que se hacían vibrar exponiendo el instrumento a una corriente de aire.

co. El Espíritu Santo está en la Palabra, y es, por tanto, verdad viva. Oh, cristianos, estén seguros de esto, y por ello hagan ustedes de la Palabra su arma escogida para la guerra.

2. Qué uso debemos dar a este “Escrito está”

Nuestro Señor Jesucristo nos enseña qué uso debemos dar a este “Escrito está.” Observen en primer lugar que Él lo usó para *defender Su condición de Hijo*. El diablo dijo: “Si eres Hijo de Dios” (Mt. 4:3), y Jesús respondió: “Escrito está.” Esa fue la única respuesta que se dignó darle. Él no trajo a la mente evidencias para demostrar Su condición de Hijo; ni siquiera mencionó esa voz venida de la excelente gloria que había dicho: “Este es mi Hijo amado” (Mt. 3:17). No, sino que dijo: “Escrito está.” Ahora, mi querido hermano joven, convertido hace poco tiempo, yo no dudo que ya hayas sido sometido a ese infernal “si.” Oh, cuán fácilmente sale del labio de Satanás. Es su palabra favorita, la flecha preferida de su aljaba. Él es el príncipe de los escépticos, y ellos lo adoran mientras él se ríe de ellos, pues él cree y tiembla.

Una de sus peores obras de maldad es hacer que los hombres duden. “Si,” con qué mirada de desprecio susurra esto al oído del recién convertido. “Si,” dice él, “si.” “Tú dices que eres justificado y perdonado, y aceptado; pero ¡si! ¿No podrías después de todo estar engañado?” Ahora, queridos amigos, les suplico que no permitan nunca que Satanás los saque del terreno sólido de la Palabra de Dios. Si él consigue alguna vez que ustedes piensen que el hecho que Cristo sea el Salvador de los pecadores puede ser probado únicamente por lo que ustedes puedan ver dentro de ustedes, muy pronto los hundirá en la desesperación. La razón por la que yo debo creer en Jesús, está en Jesús y no en mí. Yo no debo decir: “yo creo en el Señor Jesús porque me siento muy feliz,” pues dentro de media hora me puedo sentir miserable; sino que yo creo que Cristo es mi salvación, porque está escrito: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo” (Hch. 16:31).

Yo creo en la salvación dada por Jesucristo, no porque concuerde con mi razón o se adecúe a mi forma de pensar, sino porque está escrito, “El que en él cree, no es condenado” (Jn. 3:18), “De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna” (Jn. 6:47). Nada puede alterar esta verdad, que permanece y debe permanecer para siempre. Creyente, apégate a esto independientemente de lo que venga. Satanás te dirá: “tú sabes que hay muchas evidencias; ¿puedes tú mostrarlas?” Respóndele que se ocupe de lo suyo. Él te dirá: “tú sabes cuán imperfectamente te has comportado, inclusive desde tu conversión.” Contéstale que él no es tan maravillosamente perfecto para que pueda criticarte. Si dice: “Ah, pero si fueras realmente un carácter cambiado no tendrías esos pensamientos ni esos sentimientos;” no discutas para nada con él, sino que debes reflexionar intensamente en el hecho que está escrito, “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores; para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”

Si crees en Él, no puedes perecer, sino que tienes vida eterna, pues así está escrito. “Escrito está,” permanece firme, y si el diablo fuera cincuenta diablos en uno, no podría vencerte. Por otro lado, si abandonas el “Escrito está,” Satanás sabe mucho más de razonamiento de lo que tú puedas saber, él es mucho más viejo, ha estudiado a la humanidad exhaustivamente, y conoce todos nuestros puntos sensibles; por esa razón la contienda será desigual. No discutas con él, sino que ondea en su rostro el estandarte “Escrito está.” Satanás no puede tolerar la verdad infalible, pues ella es muerte para la falsedad de la cual él es el padre. En tanto que la verdad de Dios sea verdad, el creyente está seguro; si eso es derribado nuestra esperanza está perdida, pero, bendito sea Dios, no antes que eso suceda. Huyan a su fortaleza, todos ustedes que son tentados.

A continuación, nuestro Señor usó la Escritura *para vencer la tentación*. Él fue tentado para que desconfiara. Había piedras a sus pies, abundantes como hogazas de pan; no había pan, y Él tenía hambre, y la desconfianza decía: “Dios te ha abandonado; te morirás de hambre; por tanto deja de ser un siervo, conviértete en señor, y ordena que estas piedras se conviertan en pan.” Jesús, sin embargo, se enfrentó a la tentación y no quiso darse provisión a Sí mismo, diciendo, “Escrito está.”

Entonces, jóvenes cristianos o cristianos viejos, ustedes pueden ser colocados por la Providencia donde pueden pensar que tendrán necesidad, y entonces si tienen miedo que el Señor no les proveerá, surgirá la oscura sugerencia, “voy a seguir el camino del malvado, y así me colocaré en circunstancias confortables.” Ciertamente, la acción sería un error, pero muchos quieren hacerla, y por tanto Satanás susurra: “la necesidad no tiene ley; aprovecha la oportunidad que se te presenta.” En tal hora contrarresta al enemigo con “Escrito está, no hurtarás.” Se nos ordena no ir más allá o no defraudar a nuestro vecino. Escrito está, “Confía en Jehová, y haz el bien; y habitarás en la tierra, y te apacentarás de la verdad” (Sal. 37:5). Escrito está, “No quitará el bien a los que andan en integridad” (Sal. 84:11). Sólo de esa manera puedes enfrentarte con seguridad a la tentación de desconfiar.

Luego Satanás tentó al Señor a la soberbia. “Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo” (Lc. 4:9), le dijo; pero Cristo tenía una Escritura lista para rechazar su embestida. Muchos son tentados a la soberbia. “Tú eres uno de los elegidos de Dios, no puedes perecer; puedes por lo tanto entregarte al pecado; no tienes necesidad de ser tan cuidadoso, puesto que no puedes caer final y fatalmente,” así susurra Satanás, y no siempre el convertido sin instrucción está preparado para responder a esta ruina falacia. Si en cualquier momento somos tentados a ceder a tales alegatos especialmente convincentes, recordemos que está escrito, “Velad y orad, para que no entréis en tentación” (Mt. 26:41). Escrito está, “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Pr. 4:23). Escrito está, “Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pe. 1:16). “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mt. 5:47). Vete, Satanás, no nos atrevemos a pecar por la mise-

ricordia de Dios; eso sería ciertamente un agradecimiento diabólico por Su bondad; nosotros aborrecemos la idea de pecar para que la gracia abunde.

Entonces Satanás nos atacará con la tentación de que seamos traidores a nuestro Dios y que adoremos a otros dioses. “Adórame,” dice él, “y si lo haces tu recompensa será grande.” Él pone ante nosotros algún objeto terrenal que quiere que convirtamos en ídolo, algún objetivo egoísta que quiere que persigamos. En ese momento nuestra única defensa es la palabra verdadera, “Escrito está, amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas.” “¿O ignoráis.....que no sois vuestros? Por precio fuisteis comprados.” “Que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Rm. 12:2). “Hijos, guardaos de los ídolos” (1 Jn. 5:21). Citando tales palabras como éstas con todo nuestro corazón, no sucederá que caigamos.

Amados, debemos guardarnos del pecado. Si Cristo nos ha salvado ciertamente del pecado, no podemos tolerar el pensamiento de caer en él. Si algunos de ustedes se deleitan en el pecado, no son hijos de Dios. Si ustedes son hijos de Dios, odian el pecado con un odio perfecto, y su propia alma lo aborrece. Para que se guarden del pecado, ármense con la Palabra de Dios más santa y pura, que limpiará su camino, y hará que sus corazones sean obedientes a la voz del Dios tres veces santo.

A continuación nuestro Señor usó la Palabra como *una dirección en Su camino*. Este es un punto muy importante. Demasiadas personas dirigen sus caminos por lo que ellas llaman providencias. Ellos hacen cosas erróneas y dicen, “parecía tal providencia.” Yo me pregunto si Jonás, cuando descendió a Jope para huir a Tarsis, consideró como una providencia que una nave estuviera a punto de partir. Si ése es el caso, él era como demasiadas personas hoy día, que buscan culpar a Dios, al declarar que ellas se sintieron obligadas a actuar como lo hicieron, pues la providencia así lo sugería.

Nuestro Señor no fue guiado por las circunstancias que lo rodeaban en cuanto a lo que debía hacer. Cualquiera, excepto nuestro santo Señor, hubiera obedecido al tentador, y luego habría dicho, “yo tenía mucha hambre, y me encontraba en el desierto, y me pareció tal providencia que un espíritu me hubiera encontrado y sugerido cortésmente, precisamente esa cosa que yo necesitaba, es decir, convertir las piedras en pan.” Era una providencia, pero era una providencia examinadora.

Cuando sean tentados a hacer el mal para subsanar sus necesidades, díganse a ustedes mismos, “esta providencia me está probando, pero de ninguna manera me está indicando qué debo hacer; pues mi regla es, ‘Escrito está.’” Si ustedes convierten a la providencia aparente en su guía, harán miles de errores, pero si siguen al “Escrito está” sus pasos serán ordenados con sabiduría.

Tampoco debemos hacer de nuestros dones especiales y de nuestros privilegios especiales, nuestra guía. Cristo está sobre el pináculo del templo, y es posible, más aún, es cierto que si Él hubiera decidido echarse abajo, habría podido hacerlo sin hacerse daño; pero Él no hizo de Sus privilegios especiales una razón para la soberbia.

Es cierto que los santos serán preservados: la perseverancia final, yo así lo creo, es indudablemente la enseñanza de la Palabra de Dios: pero yo no debo presumir acerca de una doctrina, yo debo obedecer el precepto. Que un hombre diga, “yo soy un hijo de Dios, yo estoy seguro, por tanto vivo según me agrada,” sería una demostración que él no es para nada un hijo de Dios, pues los hijos de Dios no convierten la gracia de Dios en libertinaje.

Sería equivalente a seguir la lógica del diablo si alguien dijera: “yo soy favorecido más que otros, y por lo tanto yo puedo provocar al Señor más que ellos.” “Escrito está, nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero, y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos.”

Entonces Satanás intentó convertir su propia ventaja personal en la guía de nuestro Señor. “Todo esto te daré,” le dijo, pero Cristo no ordenó Sus actos para Su propia ventaja personal, sino que respondió, “Escrito está.” Cuán a menudo he escuchado que la gente dice, “no me gusta permanecer en una iglesia con la que no estoy de acuerdo, pero mi utilidad se perdería si dejara esa iglesia.” Bajo este sistema, si nuestro Señor hubiera sido un simple mortal, podría haber dicho, “Si me postrara e hiciera este pequeño acto de ritualismo, alcanzaría una noble esfera de utilidad. ¡Todos los reinos de la tierra serían míos! Allí están todos esos pobres esclavos oprimidos; Yo podría liberarlos. En cuanto a los hambrientos y los sedientos, cómo podría Yo suplir sus necesidades; y Conmigo como Rey, la tierra sería muy feliz. Ciertamente, ésa es exactamente la razón por la que voy a morir, y si puede lograrse tan fácilmente y al instante, doblando mi rodilla ante este espíritu, ¿por qué no hacerlo?”

Nuestro Señor estaba lejos, muy lejos, del perverso espíritu de compromiso. Ay, demasiadas personas dicen ahora, “debemos ceder en pequeños puntos; no tiene caso separarse y estar absurdamente casado con tus propias ideas; no hay nada como ceder un poco y mantener tu punto de vista en las cosas más grandes.” Así hablan muchos hoy día, pero nuestro Señor no habló así. Aunque el mundo entero hubiera estado a Su disposición si sólo una vez hubiera inclinado Su cabeza ante el diablo, Él no lo hubiera hecho. “Escrito está” era Su guía; no así Su utilidad ni Su ventaja personal.

Mi querido hermano, sucederá a veces que hacer lo correcto parecerá ser lo más desastroso; hará naufragar tu fortuna y te meterá en problemas, pero yo te exhorto a que hagas lo correcto a costa de lo que sea. En lugar de que seas honrado y respetado, y seas considerado un líder en la iglesia cristiana, serás visto como un excéntrico, y un intolerante, si hablas claramente; pero habla claramente, y que no te preocupe lo que venga. Tú y yo no tenemos nada que ver con lo que nos pase a nosotros, o a nuestra reputación, o lo que pase con el mundo, o lo que pase con el mismo cielo; nuestra única responsabilidad es hacer la voluntad de nuestro Padre.

“Escrito está” debe ser nuestra regla, y con obstinación tenaz, como la llaman los hombres, pero con resuelta consagración, según la estima Dios, a través del lodo y a través del fango, a través de la inundación y a través del fuego, sigamos a Jesús y a la Palabra infalible. Sigán enteramente la Palabra escrita, y nunca echen a perder la

perfección de su obediencia a Él, por causa de la utilidad o de cualquier otro argumento mezquino, que Satanás quiere poner en su camino.

Observen, además, que nuestro Señor usó “Escrito está” para *mantener Su propio Espíritu*. Me encanta pensar en la serenidad de Cristo. Él no está para nada perturbado. Tiene hambre y se le pide que produzca pan, y Él responde, “Escrito está.” Él es transportado al pináculo del templo, pero Él dice, “Escrito está,” tan tranquilamente como tú o yo lo haríamos estando sentados en una butaca. Allí se encuentra Él con el mundo entero bajo Sus pies, contemplando su esplendor, pero no está deslumbrado. “Escrito está” es todavía Su tranquila respuesta. Nada hace que el hombre sea más controlado, tranquilo, y capaz de enfrentar cualquier emergencia que apoyarse siempre en el Libro infalible, recordando la declaración de Jehová, que no puede mentir. Los exhorto, hermanos, para que hagan esto.

El último pensamiento sobre este punto, es que nuestro Señor nos enseña que el uso de la Escritura es *para vencer al enemigo y batirlo en retirada*. “Vete,” le dijo al diablo, “pues escrito está.” Ustedes también harán huir a la tentación si se aferran con firmeza a esto, “Dios lo ha dicho, Dios lo ha prometido; Dios no puede mentir, cuya misma Palabra de gracia es fuerte como esa que construyó los cielos.”

3. Él nos mostró cómo manejarla.

Así como el Señor eligió el arma, y nos enseñó sus usos, así él nos mostró cómo manejarla. ¿Cómo debemos manejar esta espada: “Escrito está”? Primero, *con la más profunda reverencia*. Que cada palabra que Dios ha hablado sea ley y evangelio para ustedes. Nunca la vean de menos; nunca intenten evadir su fuerza o cambiar su significado. Dios les habla a ustedes en este libro, tanto como si viniera otra vez a la cumbre del Sinaí y elevara Su voz desde el trueno. Me gusta abrir la Biblia y orar, “Señor Dios, que la palabras salten de la página a mi alma, y que Tú las hagas vigentes, vivas, poderosas y frescas para mi corazón.”

Nuestro mismo Señor sintió el poder de la Palabra. No fue tanto el diablo el que sintió el poder de “Escrito está” como el propio Cristo. “No,” dijo Él, “no voy a ordenar que las piedras se conviertan en pan; Yo confío en Dios que me puede sustentar sin necesidad de pan. No me voy a echar abajo desde el templo; no voy a tentar al Señor mi Dios. No adoraré a Satanás, pues Dios es únicamente Dios.” La humanidad de Cristo sintió la fuerza de la Palabra de Dios, y así se convirtió en poder para Él. Restarle importancia a la Escritura equivale a privarse de su ayuda. Denle reverencia, se los suplico, y miren a Dios con devota gratitud por haberles dado la Escritura.

Asimismo, *tengan siempre lista la Escritura*. Tan pronto como fue atacado, nuestro Señor tenía preparada Su respuesta: “Escrito está.” Un calculista veloz es una persona admirable en un comercio; y un habilidoso manejador de los textos es una persona muy útil en la casa de Dios. Tengan la Escritura en la punta de la lengua; mejor aún, ténganla en el centro de su corazón. Es cosa buena almacenar la memoria con muchos pasajes de la Palabra; las palabras exactas. Un cristiano no debería cometer

más errores al citar un texto de la Escritura, que un erudito clásico cometería al citar a Virgilio o a Homero. Al estudioso le encanta citar las *ipsissima verba* (las mismísimas palabras), y nosotros deberíamos hacer lo mismo, pues cada palabra es preciosa para nosotros.

Nuestro Salvador sabía tanto de la Santa Escritura, que de un solo libro, el libro de Deuteronomio, Él extrajo todos los textos con los que combatió en la batalla del desierto. Él tenía muchas más opciones, pues el Antiguo Testamento estaba ante Él; pero Él se apegó a un libro, como para hacer saber a Satanás que no tenía escasas municiones. Si el diablo hubiera decidido continuar la tentación, el Señor tenía abundante defensa en reserva. “Escrito está” es una armería donde están almacenadas miles de adargas, todos los escudos de los hombres valientes. No es simplemente una, sino mil, más aún, diez mil armas de guerra. Tiene textos de todo tipo, adecuados para venir en nuestra ayuda en cada emergencia, y eficaces para repeler cualquier ataque.

Hermanos, estudien mucho la Palabra de Dios, y ténganla a la mano. De nada sirve tratar la Biblia como el insensato lo hizo con su ancla, que había dejado en casa cuando se encontró en medio de la tormenta: tengan a su lado al testigo infalible, cuando el padre de las mentiras se aproxime.

Esfuércense también por *entender su significado*, y entenderlo de tal manera que puedan discernir entre su significado y la perversión de ese significado. La mitad del mal del mundo, y tal vez más, es hecho no por una mentira ostensible, sino por una verdad que ha sido pervertida. Conociendo esto el diablo, toma un texto de la Escritura, lo recorta, le añade, y ataca a Cristo con él; pero no por eso nuestro Señor despreció la Escritura porque el propio diablo la haya citado, sino que le contestó con un texto llameante en su propia cara. Él no dijo “ese texto no está escrito, tú lo has alterado;” sino que le dio una probada de lo que realmente era “Escrito está” y así lo confundió. Hagan ustedes lo mismo.

Escudriñen la Palabra, prueben con su boca el verdadero sabor, y adquieran discernimiento; de tal forma que cuando digan “Escrito está,” no cometan ningún error; pues hay algunos que piensan que su credo es escritural, y sin embargo no lo es. Los textos de la Escritura fuera de su contexto, torcidos o pervertidos, no son “Escrito está,” sino que el claro significado de la Palabra debe ser conocido y entendido. Oh, lean la Palabra, y oren pidiendo la unción del Espíritu Santo, para que puedan conocer su significado, pues así podrán contender con el enemigo.

Hermanos, *aprendan también a apropiarse de las Escrituras*. Uno de los textos citados por nuestro Señor fue modificado ligeramente. “No tentarás al Señor tu Dios” (Lc. 4:12). “No tentaréis a Jehová vuestro Dios” (Deu. 6:16). Pero el modo singular está contenido en el modo plural, y es algo bendito poder encontrarlo allí. Aprendan a usar la Escritura de tal manera que se lleven a casa para ustedes mismos toda su enseñanza, todos sus preceptos, todas sus promesas, todas sus doctrinas; pues el pan puesto sobre la mesa no alimenta; es el pan que comen el que realmente los sustenta.

Cuando se hayan apropiado de los textos, *actúen de conformidad a ellos sin importar lo que pueda costarles*. Si renunciar al texto te permitiría convertir las piedras en pan, no renuncies a él; si rechazar el precepto te permitiría volar por el aire como un serafín, no lo rechaces. Si ir en contra de la Palabra de Dios te hiciera emperador del mundo entero, no aceptes los sobornos. A la ley y al testimonio, permanece en ellos. Sé un hombre de la Biblia, camina hasta donde llega la Biblia, pero ni un centímetro más allá. Aunque Calvino te llame, y tú lo estimes, o te llame Wesley, y tú lo estimes, apégate a la Escritura, y únicamente a la Escritura. Si tu ministro se descaería, ora para que regrese al buen camino, pero no lo sigas. Mas aun si nosotros, o un ángel del cielo te anunciare otro evangelio diferente del que este Libro te enseña, te lo suplico, no nos hagas caso, no, ni siquiera por un solo instante. Aquí encontramos la única infalibilidad; el testimonio del Espíritu Santo en este libro.

Por último, recuerden que su Señor en este momento estaba *lleno del Espíritu*. “Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu,” para ser tentado. La Palabra de Dios, aparte del Espíritu de Dios, no les servirá de nada. Si no puedes entender un libro, ¿sabes cuál es la mejor manera de captar su significado? Escríbele al autor y pregúntale qué es lo que quiso decir. Si tienes que leer un libro, pero siempre tienes acceso a su autor, no necesitas quejarte de que no lo entiendes.

El Espíritu Santo ha venido para habitar con nosotros para siempre. Escudriñen las Escrituras, pero clamen por la luz del Espíritu, y vivan bajo su influencia. Así combatió Jesús al antiguo dragón, “siendo llevado por el Espíritu.” Él hirió a Leviatán con esta arma, porque el Espíritu de Dios estaba con Él. Vayan ustedes con la Palabra de Dios como con una espada de dos filos en su mano, pero antes de alistarse en las filas, oren para que el Espíritu Santo los bautice en Él, y así vencerán a todos sus adversarios, y triunfarán hasta el fin. Que Dios los bendiga, por Cristo Jesús.

